





La espera, Citlali Coronel S., Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Diez tequilas (poesía) / Julio Trujillo	
CONCURSO 33 DE PUNTO DE PARTIDA	11
SEGUNDA ENTREGA	
Cosas con palabras (poesía) / Ernesto Priego	12
Crónica de un concepto olvidado: la idea de <i>resistencia</i> en el pensamiento latinoamericano (ensayo) / Édgar Adrián Mora Bautista	22
Los años perdidos (fragmento de novela) / Catalina Esquivel Sandoval	32
El viaje (cuento) / Raúl Godínez	40
<i>La mirada baja</i> , de Tahar Ben Jelloun (traducción) / Adriana Vázquez Delgadillo	45
Niños en el orfanatorio (fotografía) / Karla Sáez de Nanclares Aguilar	50
EL RESEÑARIO	56
Recomendaciones / Hugo García Manríquez	

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 116, noviembre-diciembre 2002

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número: Taller
coordinado por Santiago Ortega,
Mario Maldonado Reyes
Fotografía de portada: *La espera*,
Citlali Coronel S.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014+25200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

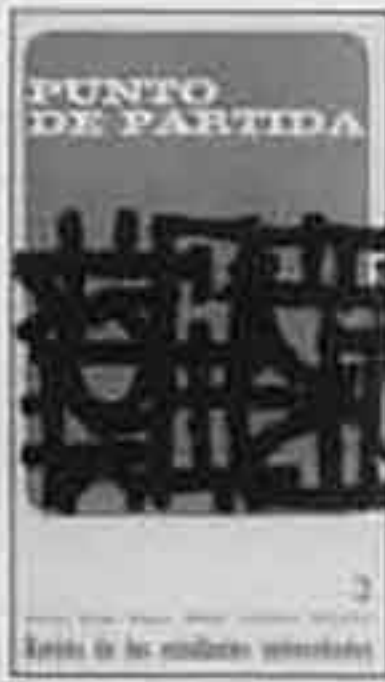
correo electrónico:

cestrada@correo.unam.mx

Digamos que tenemos mucho que celebrar: primero, los treinta y seis años que cumple, exactamente en este número de noviembre-diciembre, la revista *Punto de partida*; segundo, el primer año, afortunadamente provechoso, de esta sexta época de la revista. Durante 2002 hemos visto, con agrado y algo de sorpresa, cómo *Punto de partida* ha ido poco a poco ganando de nueva cuenta el gusto de los estudiantes, prueba de ello son las cada vez más frecuentes colaboraciones que recibimos, muchas incluso de otras universidades como atestigua este número, y la participación creciente de alumnos de toda la República en el ya tradicional concurso literario y gráfico de *Punto de partida*; tercero, el entusiasmo de tantos nuevos escritores y artistas gráficos que nos acompañaron en este año.

Este número quiere ser, pues, un poco una fiesta, y así nuestra primera sección, Del árbol genealógico, abre con “Diez tequilas”, poema que Julio Trujillo —ganador del Concurso de *Punto de partida* a principios de la década pasada— generosamente nos brinda para festejar este fin de año. Luego sigue la segunda entrega de los trabajos ganadores de premios y menciones del Concurso 33 en poesía, ensayo, fragmento de novela, cuento, traducción y fotografía. Y para cerrar, El Reseñario, con tres recomendaciones de muy al sur: *Anteparaíso*, *Galaxia concreta* y *Gran Sertón-Veredas*.

Así, vaya un abrazo para nuestros lectores y una invitación a seguir el camino con nosotros en este año 2003. ●



Diez tequilas

Julio Trujillo

A la calle salí en llamas y sin mí,
lo que restaba eran jirones de miradas:
el mundo era mis ojos
y mis ojos
yo,
buscando y a la vez
dispuesto a ser hallado,
zancadas allá abajo,
resuello y resonancia,
caudal que va sin rumbo y que desea
desembocar.
¿Qué mar espera al hombre desbordado?,
pero el instante no pregunta,
avanza y se mantiene,
se yergue a toda altura,
iza
sus estandartes
que en esta noche azul
siguen ondeando.

Julio Trujillo (Distrito Federal, 1969) estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1991 ganó el primer lugar de la categoría poesía en el Concurso Punto de partida y en 1994, el Premio de Poesía Joven Elías Nandino. Es autor de los libros *Una sangre* (Trilce, 1998), *Proa* (Marsias, 2000) y *El perro de Koudelka*, de próxima aparición. Ha sido becario del INBA y del FONCA en el rubro de poesía, y actualmente se desempeña como jefe de redacción de la revista *Letras Libres*.

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



PUNTO DE

PARTIDA

Punto



punto
DE PARTIDA



Concurso 33

Segunda entrega

Cosas con palabras / Mención de poesía

Ernesto Priego, Letras Inglesas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Vicente Quirarte y Eduardo Casar

Crónica de un concepto olvidado: la idea de resistencia

en el pensamiento latinoamericano / Premio de ensayo

Édgar Adrián Mora Bautista, Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Marcela Palma y José Vicente Anaya

Los años perdidos / Premio de fragmento de novela

Catalina Esquivel Sandoval, Posgrado en Economía

Facultad de Economía, UNAM

Jurado: José Gordon y Mauricio Molina

El viaje / Premio de cuento

Raúl Godínez, Posgrado en Letras Latinoamericanas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Angelina Muñiz-Huberman, Jaime Erasto Cortés y Mauricio Molina

La mirada baja, de Tahar Ben Jelloun / Mención de traducción

Adriana Vázquez Delgadillo, Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Jurado: Mónica Mansour, Flora Botton y Romeo Tello

Niños en el orfanatorio / Mención de fotografía

Karla Sáez de Nanclares Aguilar, Fotografía

Centro Integral de Fotografía, Puebla

Jurado: Ximena Berecochea y Francisco Kochen

Cosas con palabras

Ernesto Priego

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Pide la palabra

Sería incapaz de pedirte que te tragaras mis palabras,
que tomaras un trago de mi propia medicina.

Sería incapaz de pedirte una mano o todo el cuerpo,
que te pusieras mis zapatos o aprendieras a aullar.

Sería incapaz de pedirte que lloraras en los mares,
que prefirieras ver miles de aves en el cielo.

Sería incapaz de pedirte que de noche vieras los colores de esos gatos,
que descubrieras la textura de la seda en un pasillo sin salida.

Sería capaz, en cambio, de ofrecerte, aunque sea por una vez,
la oscuridad de mi morada.

Cartografía

Te despiertas y lo sabes:
te has rasgado el cuerpo
e hilos de rojo brillante te han marcado.

Te miras al espejo y no lo notas:
tus ojos te han abandonado
asomándose estas noches desde dentro.

Te recuestas nuevamente y lo meditas:
quizá jamás quisiste descubrirlo.

Te levantas de un golpe y te lo callas:
de ella sólo queda su olor
sobre la cama la huella de su cuerpo
su abandono que te ha tatuado las entrañas.

(Libertad condicional)

Si lo supiese lo diría:
me lo callo
abro el libro
lo escribo entre sus márgenes.

Si lo hubiese escrito antes me reiría:
me lo callo
tomo la pluma
y sangro color negro en amarillo.

Si tratase de ser otro callaría:
no lo hago sino aúllo,
grito en voz roja y azulada,
salgo hacia lo opaco de esa luna
y aviento el sobre blanco hacia tu puerta.

Si lo hubiese hecho antes correría:
camino lento
sintiendo cada piedra perforarme
y llora una lluvia de sequía
y no volteo, como para no sentir la despedida.

Chill April Morning

Ayer abrí la ventana y no te vi.
Baje, preparé el café, abrí la puerta.
Recogí el periódico, leí los titulares. Caminé de regreso hacia la mesa. Jalé la silla y me senté. Tomo un sorbo de la taza y me congeló ante las siluetas del humo en la mañana. Llovía y ni siquiera lo he notado: cierro los ojos y los abro. Miré la taza de café y muevo con la cuchara azúcar en pequeños círculos que forman remolinos. Hojeo el periódico lentamente, hoja tras hoja, viendo todo y nada al mismo tiempo. A diferencia de otros días, decido no mirar los obituarios. Tomo otro sorbo de café. Cierro el periódico y me levanto, caminando hacia la ventana de la izquierda. Miro fijamente las gotas que resbalan por el vidrio. Hace frío. No hago más que pensar en qué lado de la cama dormiré esta noche.

Primero fueron tus ojos

Primero fueron tus ojos:
la noche se burlaba a nuestra espalda
y el sol se escondía acobardado

niña diosa, protectora de tu isla:
traté de mirarte fijamente
y sólo pude darte una mirada

Primero fueron tus ojos:
luego todo el rostro, desnudo
me quedé sin movimiento, en piedra

mi galera en fuego, mi bandera destrozada
y tú, esfinge, gorgona, sirena alada
y yo, marinero ebrio, enmudecido

Primero fueron tus ojos:
he perdido todo, incluso la memoria
sólo queda tu mirada, incrustada para siempre
en el ojo de mi mente.

I dreamt a dream last night

No es que te hayas quedado conmigo
si es que te quedaste algún día

y no es que me haya ido contigo
si es que te fuiste hacia algún lado

y sin embargo ahí estabas
y yo también estaba ahí

o sea que los dos estábamos allí, juntos
pero no estábamos

o será que sólo era un sueño
y que yo estaba en ambos lados:

aquí
y donde tú.

La balada de Alcatraz (para acordeón, pasta y vino tinto)

Está lloviendo es Mission Street
y la bahía refleja el laberinto:
el frío me congela la mirada
en la pared donde se imprime la
sombra de un sonido.

El cielo es purpúreo y camino en solitario
escalando San Francisco y sus calles
como si no fuera la primera vez:
ya no recuerdo si es que ya he dado
antes estos pasos
o que reconozco el imborrable sentimiento
como la palma de mi mano.

Está lloviendo en Market Street
y me detengo ante mi sombra:
tu nombre se confunde con el ruido
del agua que escurre con violencia
hacia allá abajo.

Volteo y el camino me parece de nueva cuenta conocido:
cuánto daría por saber
si es que aquí he vivido, en sueños,
vigilias o en mis libros.

Tuesday Morning

Probablemente, sólo un artificio.
Un intento. Una ambición.

Probablemente, sólo un juego,
un fuego, una herida,
una cicatriz.
Un puente. Una ventana.

Probablemente, sólo una salida,
una puerta, un consuelo.
Una sonrisa. Una excepción.

Probablemente, sólo un viaje,
un escape, un sueño,
un momento de paz.
Un respiro. Un aliento.

Probablemente, sólo unas palabras,
un poema, un señuelo,
una trampa.

Probablemente, sólo un río,
una corriente, una oleada,
una marea, una playa.
Unos ojos. Una boca.

Probablemente, sólo un pulso,
unas venas, una arteria,
un corazón.
Unas líneas. Una mujer.
Unas palabras.

Después

It's grey outside and your're wearing green.
Spring is here again he used to say
but you keep blossoming
as if seasons were nothing.
And I just pretend you are
not in this same room
and I just pretend you are
just one too many evenings away.
I wish I were not myself again
to look everywhere I wanted
but just when I foolishly think I'm ready
I see you again through that literally grey window
wearing green, making believe things
like seasons,
or even me,
do not exist.

Nursery Rhyme

Inside the Golden Days
of Missing You,
the girl smiled again
but did not pronounce
her name.

Staring back into the Silver Gates
of Dreaming You,
the boy laughed again
but did not remember
how to say his name.

Deep down into the Starry Bridge
of Calling You,
the girl danced again
but did not look back
to say hello.

Way back to the Shiny Nights
of Loving You,
the boy opened his mouth again
but did not pronounce
what he had tried to say.

en realidad

en realidad, lo peor que puede uno hacer
es ser uno
mismo

es lo mismo siempre:
una cerveza
una canción que casi nadie entiende
solo tú

y lo mismo
siempre

uno
solamente.

Uno solo es uno

Mi corazón late en enfurecida cabalgata.
Persecución, por todos lados:
veloces, irrumpen, una tras la otra,
corren, caminan, casi vuelan:
dejan el rastro de su aroma y
sus ausencias se cubren de otros pasos
que no cesan:
revolotean, acechan,
caen como tormenta, llueven con aplomo
y son tornado indetenible.
Sin freno, fluyen incesantes como
torrente en hemorragia, inundan
las paredes y ahogan las pupilas.
Son cascada inagotable, epidermis
una sola y colectiva, tempestad
de hadas de alas transparentes.
Las miro y no me alcanza la mirada:
no paran, se suceden en hilera incalculable,
encienden el camino combustible y
consumen cuanto tocan a su paso.

Arden.

Caray, tantas mujeres, y uno sólo es uno.

Crónica de un concepto olvidado: la idea de *resistencia* en el pensamiento latinoamericano

Édgar Adrián Mora Bautista

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

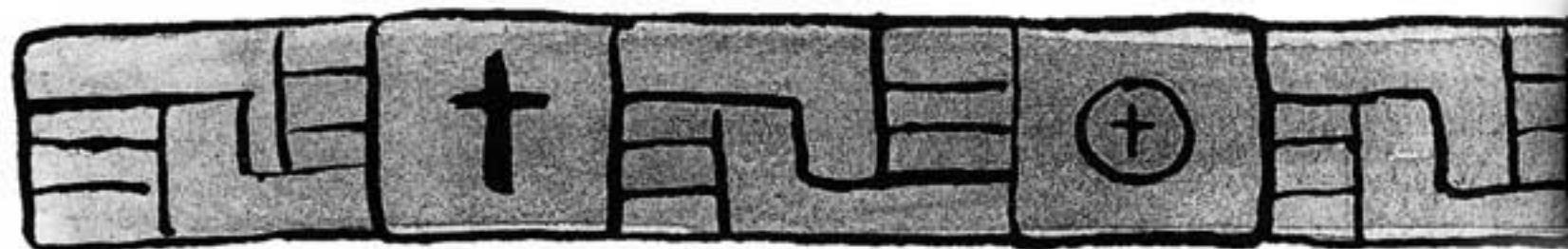
La luz vino a pesar de los puñales

Pablo Neruda

La resistencia como manifestación de desacuerdo implica, ante todo, la existencia de dos elementos obvios: aquél que resiste y aquél al cual se opone tal resistencia. La idea de resistencia implica de entrada una idea de violencia, violencia dirigida sistemáticamente contra una víctima. El que resiste no puede tener otra naturaleza que la de víctima en tanto sufre desde su humanidad los ataques, reales o simbólicos, del victimario. Históricamente, el victimario ideal ha sido el conquistador, figura mítica y real que encarna de manera perfecta una imagen de violencia. El sometimiento antecede a la resistencia y ésta precede a la defensa, que es en sí, un acto de respuesta. Sin embargo, sólo podemos pensar en una situación defensiva cuando las fuerzas que interactúan tienen, teóricamente, las mismas dimensiones. Cuando la acción defensiva puede llegar a crear una situación que revierta los papeles entre víctima y victimario. La resistencia, en cambio, denota una situación en la cual la fuerza que ejerce el victimario es evidentemente superior a la víctima, de ahí que la acción-respuesta de ésta sea la de aceptar, de manera activa o pasiva, la situación en la que está inmerso.

Podemos decir que la primera idea de resistencia surge del papel que los pueblos habitantes de las tierras americanas despliegan en contra de la masacre conquistadora de los pueblos europeos. Idea que tiene dos vertientes: por un lado la resignación y aparente aceptación del destino que los conquistadores le imponen a los pueblos aborígenes por medio de la imposición material y

Dibujos de Emiliano P.
Enríquez, Escuela Nacional
de Artes Plásticas



espiritual, una resistencia pasiva que encuentra justificación en argumentos de tipo religioso y mítico; y por otro lado, una resistencia activa que los pueblos, generalmente ajenos a los grandes imperios que habían florecido en Indoamérica, manifiestan oponiéndose de manera tenaz y por medio de las armas a un dominio que en sus términos es inaceptable.¹

A las expresiones culturales de estirpe colonialista se opone una cultura rebelde que encuentra su razón de ser en la lucha de resistencia al imperio cuya nota más sobresaliente está en el indio que se repliega en las montañas y en el negro cimarrón. En algunas expresiones de estos sectores encontramos muy a menudo la burla a las normas y costumbres impuestas a la colonia.²

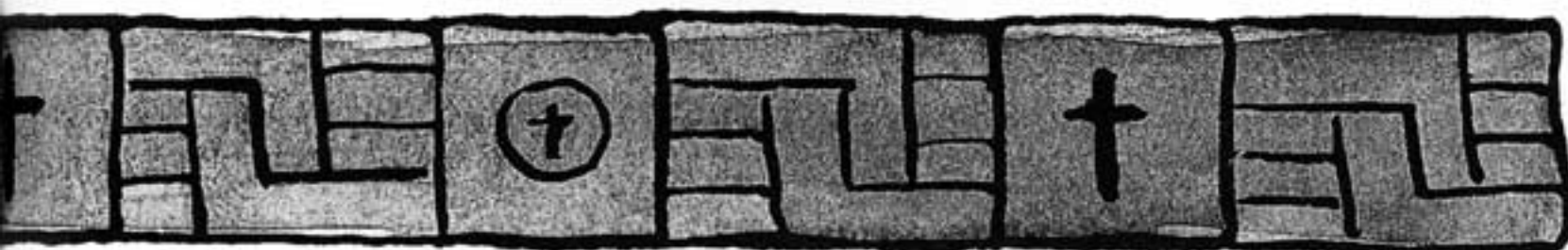
La idea de resistencia remite a una idea de obstáculo necio, obstinado, renuente a dejarse eliminar. La resistencia es la única acción viable para evitar que el victimario-conquistador arrase, desaparezca a la víctima-conquistado. Tiene implícita una adjetivación llena de valores: heroísmo, resignación, dignidad, fortaleza. Una fortaleza que no hace referencia a la capacidad de infringir daño sino a la de tolerarlo. Asimismo, la resistencia presenta varios aspectos, imbuidos todos ellos en un contexto de violencia al cual ya hacíamos referencia líneas atrás.

En Latinoamérica, esta idea ha estado presente desde el momento en que los pueblos deciden cambiar la situación que prevalece en sus regiones. La lucha por la independencia de las colonias latinoamericanas tiene un fuerte sustrato de esta idea de resistencia. La respuesta a las metrópolis es una respuesta defensiva que tiene que ver con siglos de sufrida dominación, con siglos de resistencia. En la *Carta de Jamaica* en la que Bolívar responde a una epístola de Henry Cullen, se pueden apreciar estos elementos:

“Tres siglos ha (dice Vd.) que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón.” Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y

¹ Acerca de la resistencia activa y beligerante que los grupos indios de América han desarrollado a lo largo de su historia conviene consultar el número 22 de enero-abril de 1988 de la revista *Nuestra América* que, bajo el título genérico de “Rebeliones indígenas” hace una revisión puntual de estas manifestaciones.

² Manuel F. Zárate P., “Las expresiones artísticas de la cultura y la lucha del pueblo panameño en pro de la soberanía, la liberación nacional y la estructuración de una nueva sociedad”, *Casa de las Américas*, número 96, mayo-junio de 1976, p. 122.



jamás serían creídas por los críticos modernos si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. [...] El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De ahí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante que la conducta de nuestros dominadores relajaba esa simpatía, o, por mejor decir, *este apego forzado por el imperio de la dominación*. Al presente sucede lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; *todo lo sufrimos de esta desnaturalizada madrastra*. El velo se ha rasgado, ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto la América combate con despecho, y rara vez la desesperación no ha arrasado tras sí la victoria.³

La naturaleza de los nuevos habitantes de Latinoamérica encontrará otra forma de resistencia dentro de las colonias ahora independientes. El mestizo, producto de siglos de convivencia entre los conquistadores y los conquistados, se convertirá en el nuevo sujeto de resistencia. Ante él, el criollo se sentirá superior por repetir el esquema vergonzantemente racista que imperó durante la colonia. El mestizo, nuevo prototipo del individuo latinoamericano, se verá entonces en una crisis de identidad de la cual no saldrá bien librado. Nuevamente se establecen jerarquías y posiciones de dominación. En América, el mestizo se convertirá, junto con el indio, en la víctima del dominio. En el sujeto ideal de la resistencia. Abortado de los paraísos que su parte europea le pudiese suministrar y negado por el indio en tanto a la representación de un nuevo victimario, el mestizo voltea su rostro hacia donde la noche parece no acabar nunca.

Nada querrán saber, los portadores de la cultura occidental, de mestizajes, de la asimilación de unos hombres y sus culturas con otros. *El mestizaje es sólo combinación de lo superior con lo inferior, y por ello mismo, inferior*. Mestizar es reducir, contaminar. Por ello, culturas supuestamente inferiores, como las que esta colonización encuentra en Norteamérica, serán simplemente barridas y sus hombres exterminados o acorralados. Y lo que no puede ser barrido, por su volumen y densidad, como en la América, Asia y África, *será simplemente puesto abajo*, en un lugar que imposibilite contaminación o asimilación alguna.⁴

Sin embargo, es innegable que, a pesar de esta concepción del mestizo como sujeto de la resistencia, las manifestaciones más evidentes a este respecto se dan en grupos sociales que fincan su identidad en conceptos (y preconceptos) raciales.

³Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, México, UNAM (Latinoamérica-Cuadernos de cultura latinoamericana, número 1), 1978, pp. 10-11. (Las cursivas son mías).

⁴Leopoldo Zea, *América Latina: largo viaje hacia sí misma*, México, UNAM (Latinoamérica-Cuadernos de cultura latinoamericana, número 18), 1978, p. 9. (Las cursivas son mías).



Los indios, los negros y los asiáticos de nuestro continente son los individuos que más han tenido que llevar la resistencia al nivel de forma de vida. Sus problemas son sumamente complejos al encontrarse involucrados en una situación de dominio prevaleciente en la mayoría de los pueblos latinoamericanos. De los estudiosos de este tema, parece que Pablo González Casanova es el que mejor ha sabido plasmar la situación de estos grupos:

En América Latina existe hoy una población que vive una situación colonial. El desarrollo del capitalismo, desde sus inicios hasta la etapa del imperialismo, ha sido determinante en la formación y renovación de ciertas razas y culturas oprimidas. Sus integrantes (indios americanos, negros africanos, asiáticos) viven una situación colonial: de persecución y genocidio, de opresión y dependencia, de discriminación y súper explotación, de depauperación y marginación. Las luchas que libran presentan siete características principales: unas ligadas a su cultura, su comunidad, su nación y su raza, otras a su clase, y otras más a sus organizaciones políticas y sus ideologías.⁵

A partir de este planteamiento, González Casanova deconstruye un esquema descriptivo en el cual la situación del negro y el indio en América aparece clara y monstruosa. Las formas de resistencia que el esclavo negro adopta son, a todas luces, radicales. Aún después de la colonia, el negro latinoamericano llevará por siempre los estigmas que lo convirtieron en esclavo, prejuicios y argumentos que pretenderán subordinarlo por siempre.⁶ Más allá de una resistencia pasiva, la cultura de resistencia del negro es una cultura que se codea con la muerte y con la concepción mágica de ésta. Los negros no encuentran en la idea de “libertad” del hombre occidental una salida, sino, únicamente, un instrumento al cual también hay que oponer resistencia.

No se les deja más alternativa que el sometimiento aislado, la rebelión personal, el suicidio, o la fuga. [...] La fuga multitudinaria y colectiva tiende a reconstruir o a construir comunidades de negros libertos o cimarrones. En esas comunidades se desarrolla una cultura de la resistencia, se reconstruyen lazos familiares, se gestan lenguas y dialectos, prácticas religiosas, mágicas, políticas. Se forjan comunidades. [...] El negro “libre” es atomizado. La libertad formal y la igualdad formal revelan, en suma, que enmarcado en la esclavitud, el negro tenía una capacidad de presión social que pierde con la “libertad”.⁷

⁵Pablo González Casanova, *Indios y negros en América Latina*, México, UNAM (Latinoamérica-Cuadernos de cultura latinoamericana, número 97), 1979, p. 5.

⁶“Sin posibilidad de defenderse por su identidad cultural, ‘tribal’ o ‘racial’, el negro latinoamericano descubre que tampoco puede defenderse mediante el inútil mimetismo del blanco: advierte que sigue siendo negro, el más explotado y humillado de los trabajadores y los hombres”, *Ibidem*, p. 12.

⁷*Ibidem*, p. 11.

El caso del indio americano es sumamente parecido. La situación de dominación en la que se desenvuelve lo convierte en un individuo que tiene que resistir los embates genocidas del dominador. A través de una serie de estrategias que tienen que ver con su idea de colectividad, de bien común, las comunidades indias han logrado sobrevivir los embates de la civilización, los embates de la muerte.

El indio también es esclavizado y proletarizado, pero conserva un número significativo de comunidades a las que une un mismo idioma y una misma cultura en organizaciones sociales, políticas e incluso militares. Las luchas de resistencia y liberación de las naciones y comunidades indias son incontables. Con una estrategia defensiva y ofensiva subsisten hasta nuestros días. Presentan las más variadas características políticas y militares. En todas partes los indios son diezmados o aniquilados. Los aztecas, los incas, los mayas, los araucanos y sus descendientes logran preservar algunos de sus rasgos culturales, conocen el sentido de su identidad y poseen una conciencia de su nacionalidad o de su comunidad frente al conquistador y sus descendientes. En algunos casos alcanzan a mantener organizaciones políticas y militares durante años, o siglos, e imponen el reconocimiento de una independencia de facto.⁸

A quien alegase un argumento que planteara que estas condiciones tendrían que apegarse a un contexto histórico determinado, valdría decirle que esto no es cuestión de fechas o siglos concretos. Que esta situación es *la historia* de los pueblos indios. Que su condición es la misma y que su afán de resistencia no parece haber claudicado. Lo que parece lejano o irreal se muestra, hoy mismo, tan cercano como nunca. ¿Acaso alguien podría ponerle fecha a las demandas que durante siglos han hecho los indios sin obtener, hasta el momento, alguna respuesta?

Somos producto de 500 años de lucha: primero contra la esclavitud, en la guerra de Independencia contra España encabezada por los insurgentes, después por evitar ser absorbidos por el expansionismo norteamericano, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al Imperio Francés de nuestro suelo, después la dictadura porfirista nos negó la aplicación justa de las leyes de Reforma y el pueblo se rebeló formando sus propios líderes, surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros a los que se nos ha negado la preparación más elemental para así poder utilizarnos como carne de cañón y saquear las riquezas de nuestra patria sin importarles que estemos muriendo de hambre y enfermedades curables, sin importarles que no tengamos nada, absolutamente nada, ni un techo digno, ni tierra, ni trabajo, ni salud, ni alimentación, ni educación, sin tener derecho a elegir libre y democráticamente a nuestras autoridades, sin independencia de los extranjeros, sin paz ni justicia para nosotros y nuestros hijos.⁹

⁸*Ibid.*, p. 13.

⁹“Primera Declaración de la Selva Lacandona”, *La palabra de los armados de verdad y fuego*, México, Fuenteovejuna, 1994, p. 5.

Ésta es una muestra de las formas en que el pensamiento latinoamericano ha abordado la idea de resistencia. Es claro que tal idea encuentra su fundamento principal en el modelo dominador-dominado, que no es referido sólo a los casos de indios o negros, sino al de la humanidad entera, y si alguna duda cabe, ahí están múltiples ejemplos gestados durante las dictaduras militares y los gobiernos autoritarios. Esto no es arena de otro costal, es cemento puro, elemento que, en Latinoamérica y en el mundo entero, ha edificado la historia de los pueblos y el registro de la lucha por la libertad.

Ídolos tras los altares: resistencia simbólica

En la conquista de América se pueden observar fenómenos interesantes que tienen que ver con la resistencia. Uno de estos es la forma que adquirió la concepción religiosa de los habitantes de América tras la colonización cristianizadora. Una resistencia que adoptó una forma concreta, la de la adaptación. Pareciera que la llegada de los nuevos dioses implicaba la retirada de los dioses antiguos, visión relativa si se tiene en cuenta que los indígenas habían interpretado la victoria de los conquistadores como un abandono de sus dioses.

Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un lugar en el Cosmos. La huida de los dioses y la muerte de los jefes habían dejado al indígena en una soledad tan completa como difícil de imaginar para un hombre moderno. El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y su muerte. [...] Lo esencial era que sus relaciones sociales, humanas y religiosas con el mundo circundante y con lo Sagrado se habían restablecido. [...] No por simple devoción o servilismo los indios llamaban "tatas" a los misioneros y "madre" a la Virgen de Guadalupe.¹⁰

Sin embargo, esta conquista religiosa, esta derrota mítica sobre los dioses prehispánicos no fue tan idílica. En esta relación también se estableció una jerarquía dominador-dominado, jerarquía mística que involucraba a los dioses prehispánicos y occidentales. El "triunfo" de los últimos trajo consigo la superposición de fuerza. El hecho de edificar los templos católicos sobre los templos indígenas trajo consigo una colonización de lo ultraterreno. Los dioses desaparecían bajo las lozas de los nuevos inquilinos.

Tal será la cultura cristiana que traen consigo los conquistadores y colonizadores iberos del siglo XVI, dispuesta sí a incorporar a los hombres de las tierras descubiertas, pero siempre que estos, a su vez, renuncien a sus propias expresiones culturales. Sus evangelizadores están dispuestos a asimilar a esos entes o *homúnculos*, que diría



¹⁰Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 112.

Juan Ginés de Sepúlveda, en su polémica con Bartolomé de las Casas, si estos abandonan, para siempre, un pasado que parece ser más obra de demonio que de Dios. Esto es, si aceptan ser conducidos, libres de toda culpa, desnudos de una falsa cultura e historia, hacia la cultura que Dios mismo ha creado. Así, sobre las demoniacas culturas indígenas se sobrepondrá la cultura del conquistador y el colonizador. Sobre los antiguos *teocallis* se alzarán templos cristianos. Y sobre los viejos ídolos, la cruz, la virgen, o un santo cristiano.¹¹

Ante la perspectiva de borrar de un tirón la visión religiosa de los indios y ante la sustitución impuesta por el catolicismo, las respuestas no son ni por asomo dóciles. Sin embargo, ante la imposibilidad de establecer una confrontación directa con los misioneros (apoyados por las armas de los conquistadores), los indígenas adoptan (y adaptan) la religión cristiana para hacerla coincidir con su idea de vida más allá del mundo sensible. Aquí es donde la idea de resistencia toma forma. Estamos hablando de una resistencia que toma la forma de *adaptación*: ante la imposibilidad de seguir profesando la adoración a los dioses de su universo mítico, los indios toman al catolicismo como sustituto pero recetándole, de antemano, algunas modificaciones.

Debemos deducir que las reacciones indígenas fueron negativas. Por una parte, los indios no podían escoger qué actitud tomar, pero, sobre todo, su idea de lo divino no estaba regida por el principio de un monoteísmo exclusivo. Así, la mayoría de las veces se limitaron a agregar el icono cristiano a sus propias efigies, pintando al crucificado en medio de sus divinidades o, más prudentemente, disimulando las imágenes antiguas detrás de un paramento, o tras la pared o dentro del altar.¹² La integración de la imagen cristiana a un campo autóctono (la "pintura", el altar doméstico), la copia en general realizada por una mano indígena con los arreglos que imaginamos y para escándalo del clero español explican que la especificidad de los cánones occidentales no haya bastado para obstaculizar la recepción de esas imágenes.¹³

Al establecerse un parámetro de resistencia desde lo mítico podemos suponer que las manifestaciones en el campo de lo terrenal fueron más concretas. La resistencia como adaptación ha permanecido durante siglos y encuentra en el catolicismo adoptado por los indígenas un testimonio evidente. Más aún, fenómenos como el de la Virgen de Guadalupe-Tonantzin¹⁴ parecen reforzar



¹¹Leopoldo Zea, *op. cit.*, p. 8.

¹²Un ejemplo de esto se puede observar en la cúpula de la catedral dominica de Puebla.

¹³Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario (Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XI-XVIII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 139.

¹⁴Acerca de este tema se puede consultar la obra de Serge Gruzinski, *La guerra de las imágenes (De Cristóbal Colón a "Blade Runner", 1492-2019)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

este argumento. Cabría preguntarse cuál ha sido el resultado de este sincretismo religioso y entender si los practicantes de la actualidad tienen conciencia de esto.¹⁵

Solos y perdidos en un laberinto sin Minotauros: la resistencia como hermetismo, resignación y mimetismo en la obra de Octavio Paz

Existen momentos en los que la resistencia deviene característica, pero no cualquier tipo de resistencia. En su obra *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz define de manera puntual una forma de ser del mexicano que resulta afín con la idea de resistencia que hemos venido manejando. Aquí el dominador resulta ser el miedo. El temor al juicio, a la acusación de traición representa uno de los motores que el mexicano utiliza para practicar un tipo particular de resistencia: la resistencia como hermetismo. El aislamiento y la desconfianza como herramientas pasivas del temor. Las siguientes reflexiones salieron de la lectura de esta obra, y me tomo la libertad de sospechar o insinuar que tal característica vale para todo latinoamericano, aunque, supongo, habrá quien no esté de acuerdo.

La idea de traición representa un estigma bastante arraigado en el pensamiento latinoamericano. En México, tal visión ha engendrado prejuicios históricos, por ejemplo, contra los habitantes de Tlaxcala. Victoriano Huerta, los conservadores imperialistas, Antonio López de Santa Anna son traidores y, por tanto, hombres desterrados de la gloria histórica. Pareciera que la traición es un elemento bajo el cual se ha fincado gran parte de la historia patria, o al cual se le ha querido colgar culpas históricas. La vista de un traidor es abominable. Serlo resulta aún peor. La idea de traidor tiene que ver con la claudicación, con la derrota. Una derrota indigna, porque la otra, la que se paga con la muerte, es bien vista y aplaudida. Hay que saber resistir los embates del enemigo, no rajarse.

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la hombría consiste en no "rajarse" nunca. Los que se "abren" son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre en otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, "agacharse", pero no "rajarse", esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El "rajado" es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe.¹⁶

Así es como ante el exterior la desconfianza crece, nos convertimos en individuos que viven en la expectativa, en la incertidumbre. Desconfianza que nos

¹⁵Una forma de detectar esto puede ser el testimonio en comunidades de ascendencia indígena, se recomienda consultar la obra *Historias, leyendas y cuentos de las comunidades de Chiapas*, México, UNAM-IACH-CHIMECH, 1998.

¹⁶Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 32-33.

mina y que nos lleva a ser ariscos y descorteses. Sin embargo, tal reacción no es gratuita, se justifica con hechos históricos, con experiencias que nos han marcado como pueblo, que nos han hecho concebir al exterior como el causante de nuestros males. Así, encerrados en nosotros mismos nos sentimos seguros. No confiamos en nadie más, todos son traidores en potencia. “El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado”.¹⁷

Podemos decir que la actitud de resistencia como hermetismo no le es ajena al resto de los seres humanos. Todos tienen en su constitución esa idea de “estar preparados”. Aunque la concepción varíe en sus fines.

Todas estas expresiones revelan que el mexicano considera la vida como lucha, concepción que no lo distingue del resto de los hombres modernos. El ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque.¹⁸

Hemos llevado al extremo de la adoración la idea de la resistencia ante el otro, del estoicismo ante el enemigo. Lleno de sugerencias cristianas pareciera que el aceptar todo lo que viene, aun implicando la idea de dolor, es la única forma de ser digno. El valor alcanza el grado máximo de relatividad al presentarse no como el arrojo o la decisión, sino como la resistencia al dolor infringido por el otro.

Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles (como Juárez y Cuauhtémoc) al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad.¹⁹

Otra forma de resistencia ante el otro la constituye el hecho de aparentar lo que no se es, de tomar al camaleón por modelo y perderse en el paisaje. Así como nos repele la idea de la traición cuando va dirigida hacia alguien cercano o perteneciente a nuestra comunidad, de la misma forma nos atrae el engaño cuando se dirige al otro, al extranjero de nuestra realidad. El gusto de chingarse al extranjero, de engañarlo, no tiene comparación; el otro, confundido, no atina a saber que ha sido víctima de un engaño. Confusión que engaña, que

¹⁷*Ibid.*, p. 33.

¹⁸*Ibid.*, p. 34.

¹⁹*Ibid.*

nos defiende de las intenciones del otro. Frente a éste somos un ser inasible, incorpóreo, indefinible. El misterio como defensa es otra de las formas que la resistencia adquiere.

Defensa frente al exterior o fascinación ante la muerte, el mimetismo no consiste tanto en cambiar de naturaleza como de apariencia. Es revelador que la apariencia escogida sea la de la muerte o la del espacio inerte en reposo. Extenderse, confundirse con el espacio, ser espacio, es una manera de rehusar las apariencias pero también es una manera de ser sólo Apariencia.²⁰

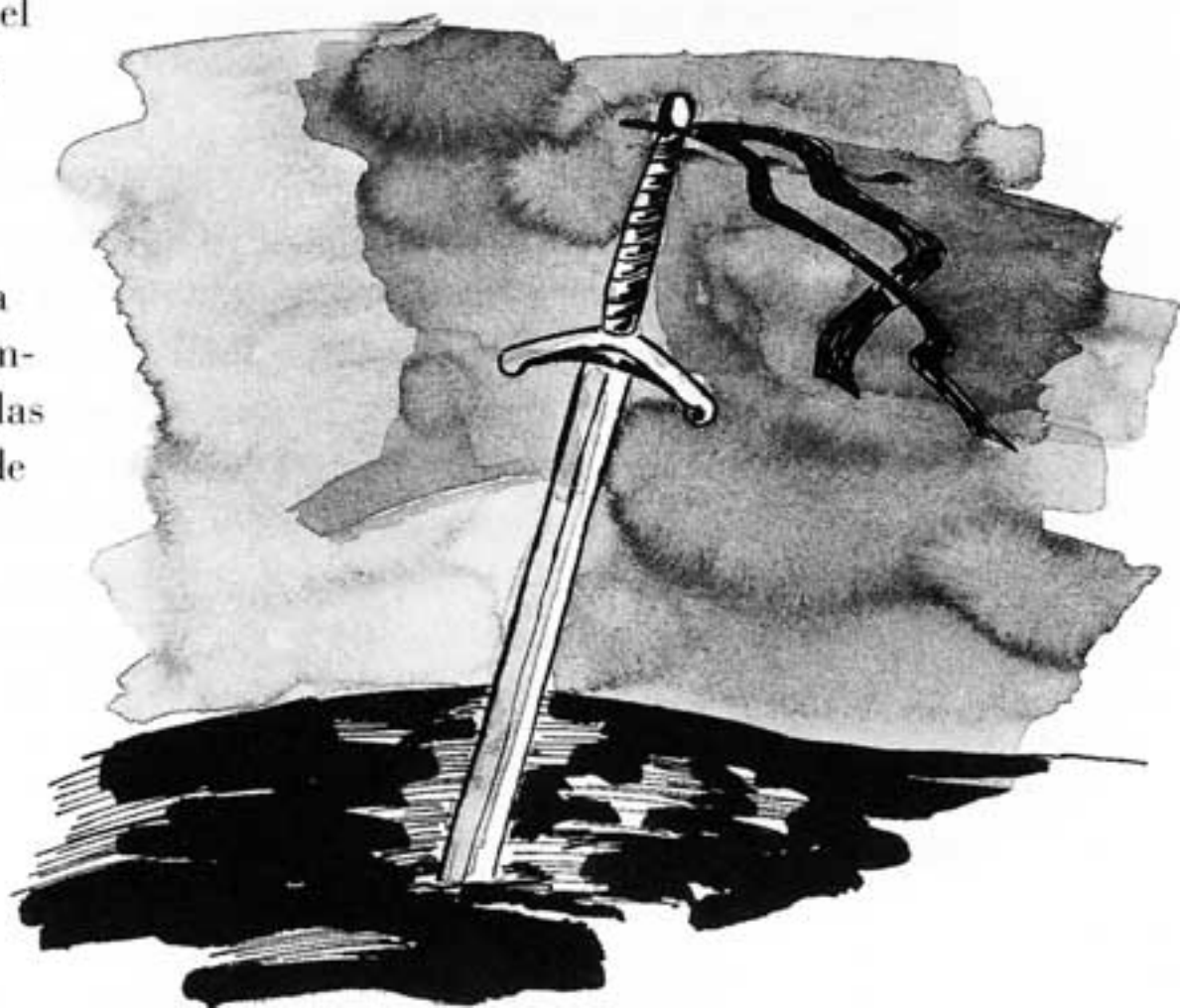
La resistencia desde tres perspectivas: como hermetismo, como resignación y como mimetismo. Tres formas de concebirse frente al otro. Los tres tienen como común denominador la desconfianza heredada y engendrada por siglos de historia que le han hecho desarrollar sus mecanismos. Frente al otro, el enemigo, el indeseable, el que pretende someternos, la resistencia. Efectiva forma de prevenir sorpresas.

Conclusión

¿Cuál es, en la actualidad, en Latinoamérica, el sentimiento alrededor de la idea de resistencia? Terminados los horizontes utópicos del socialismo y el paraíso de las comunas, la resistencia en nuestros pueblos se remite a la negativa de incorporarse a un proceso tan amenazador como lo constituye la globalización económica. A sabiendas de las desventajas, reales y virtuales, con respecto a los países más poderosos, América Latina lucha por permitirse el lujo de sobrevivir como región con una autonomía cultural, frágil y sumamente cuestionable, pero elemento de identidad finalmente. Las deficiencias en los gobiernos que preceden al holocausto en el cual se ha convertido el arribo de la *posmodernidad* (la modernidad está pasada de moda, cosa que no nos interesa porque ni siquiera la conocimos), hacen aún más visible ese estado de precariedad en el que nos encontramos.

La idea de resistencia tendrá que ir aparejada con el hecho práctico de la supervivencia. Ante un mundo en el que los problemas reales de la vida: desempleo, carestía, inexistencia de oportunidades, horizonte de expectativas nulo, etcétera, nos han jodido la esperanza, los latinoamericanos tenemos que seguir campeando la precariedad de nuestra vida con un sentido concreto, amplio y sufrido de resistencia. En un momento en el que las trincheras han sido infiltradas, ha llegado el tiempo de edificar nuevos bastiones. ♣

²⁰*Ibidem*, p. 48.



Los años perdidos

Catalina Esquivel Sandoval

FACULTAD DE ECONOMÍA, UNAM

*A los hombres en mi vida:
Ernesto, Héctor y Miguel Ángel*

*I'll be on that hill with everything I got,
Lives on the line where dreams are found and lost,
I'll be there in time and I'll pay the cost,
For wanting things that can only be found
In the darkness on the edge of town.*
Bruce Springsteen,
"Darkness on the edge of town" (1978)

E stábamos los dos empapados. El aguacero nos sorprendió en la Petrolera Taxqueña, así que corrimos desde Erasmo Castellanos hasta Refinería Minatitlán, casi seis calles tratando de encontrar dónde cubrirnos. Llegamos a una accesoria cerrada con un techo algo desconchado pero suficiente para protegernos. J. se sentó en el escalón de la accesoria para recuperar el aliento a la vez que se sacudía con la mano el agua del cabello; después sacó su pañuelo para secarse la cara mientras yo simplemente permanecía de pie junto a él en silencio, sintiendo cómo se deslizaban las gotas de lluvia en mi cara sin hacer ningún intento de secarme. Miraba casi de manera hipnótica cómo caían los gotones de agua en la calle; el frío y el hambre ya no los sentía. Trataba de bloquear mi mente para apagar los escalofríos y las punzadas en el estómago.

—¿Qué hora es? —me preguntó J.. Siempre preguntaba la hora cuando deseaba romper el silencio entre los dos.

—Las cinco de la tarde —le respondí. En realidad no tenía muchos deseos de hablar. Después de pasar todo el día caminando tratando de conseguir dinero, el cansancio y el fastidio me imponían una negación a las palabras.

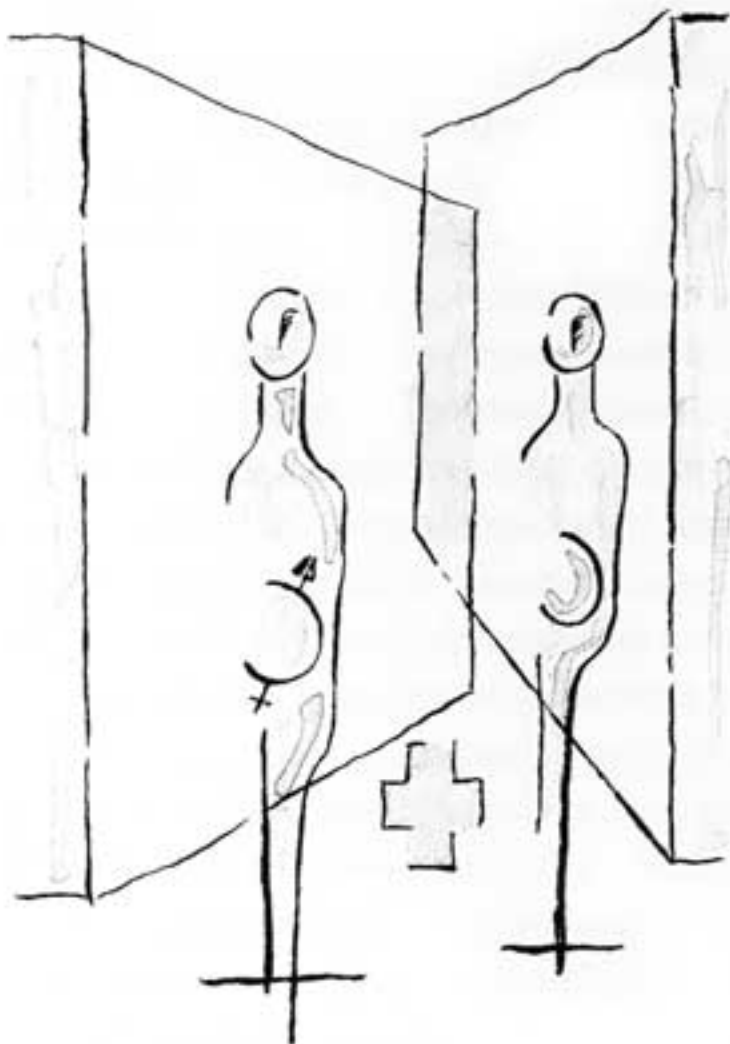
—No te preocupes, nada más deja de llover y nos vamos rápido con Vini —siguió diciendo tratando de animarme al ver mi rostro cansado.



Dibujos de David Becerra E.,
Tec de Monterrey, Campus Ciudad de México

El restaurante de Vini donde en ocasiones comíamos estaba hasta el otro extremo de la ciudad, en la Guerrero. La perspectiva de viajar en el metro en horas pico y después de llover no era muy alentadora. Pero sólo teníamos unos pesos y no habíamos comido en todo el día, así que necesitábamos al jotísimo de Vini para que nos diera algo de comida a crédito.

En realidad Vini era amigo de J., era un homosexual dueño de un modesto restaurante que aprovechaba cualquier momento para atraerlo. En la comida le servía platos rebosantes de lomo de cerdo



adobado con puré de papa, gigantescas mojarras ti-lapia con una guarnición multicolor de lechuga, rabanitos, aguacate y frijoles refritos con totopos, platos de arroz colmados con rebanadas de plátano macho frito, succulentas natillas, enormes raciones de su postre preferido: "Sorpresa de limón", etcétera. Vini era un excelente cocinero pero tal vez un pésimo amante ya que cada uno de sus lances fugaces lo abandonaba no sin llevarse una buena suma de dinero. A J. le divertía el flirteo gastronómico entre él y Vini. Lo aprovechábamos para conseguir comida cuando estábamos escasos de fondos. Bastaba con que J. le hablara del "gran desastre de nuestras vidas" para que se sintiera movido a ayudarnos. Sinceramente era un buen tipo; tal vez tendría 38 años, alto, delgado y bastante varonil, tenía una cabellera sedosa color castaño, de barba cerrada, ojos cafés muy inquietos, muy parloteador e invariablemente vestía de negro. Siempre estaba de buen humor y a J. lo recibía con una gran sonrisa y le hacía bromas sobre su condición de maniaco depresivo (o trastorno bipolar como lo califica la psiquiatría moderna). A mí me veía con cierto recelo, supongo que imaginaba que entre nosotros había algo. Al principio casi no me hablaba pero con el tiempo me fue conociendo y en ocasiones conversábamos largamente sobre cocina regional, recetas y esas cosas. También me contaba sobre sus anteriores intentos de comprar un centro nocturno en Ciudad Neza, de sus andanzas en los bares gays, sus ligues, en fin, era siempre una presencia inquietante. Vini me contó que había conocido a J. hacía un par de años cuando trabajaba en una papelería

a dos cuadras del metro Guerrero. Acostumbraba ir a comer a su restaurante, solo, nunca acompañado por algún otro empleado de la tienda, y en la comida corrida solía pedir de dos a tres guisados o consumía en diez minutos un pollo rostizado completo. Así que el enorme apetito de J. le llamó la atención. De esta manera comenzó una buena amistad entre J. y Vini.

Fue Vini quien lo llevó al Fray Bernardino cuando sufrió su primera crisis. Una tarde cuando estaba bajando la cortina de su negocio, se apareció J. en tal estado que verdaderamente se asustó. J. en aquel momento estaba sufriendo una depresión sicótica que es el punto más bajo de un ciclo maniaco depresivo, así que le dijo que tenía alucinaciones frecuentes.

—¡Por favor Vini haz algo, detén esta tristeza infinita que no acaba, no la soporto más! —le gritó

a mitad de la calle. Vini no sabía qué hacer; después de un momento de vacilación lo llevó a una Clínica Prensa que está delante de su restaurante. Ahí el médico que lo atendió le aplicó un tranquilizante y le aconsejó que lo llevara al Fray Bernardino pues necesitaba hospitalización. Así que entre él y un empleado metieron a J. en la camioneta de Vini y lo llevaron a Tlalpan, a la zona de hospitales. De esta manera se enteró de la enfermedad de J., lo cual lo impresionó profundamente.

La lluvia no cesaba, al contrario había arreciado. El aire formaba ráfagas de lluvia que se estrellaban en las paredes de las casas de enfrente. El cielo estaba ennegrecido en concordancia con nuestro estado de ánimo, surcado en el horizonte por los relámpagos de la desesperanza.

—Podríamos correr hasta la calzada y tomar un microbús al metro —dijo J. señalando a lo lejos el flujo vehicular sobre Taxqueña.

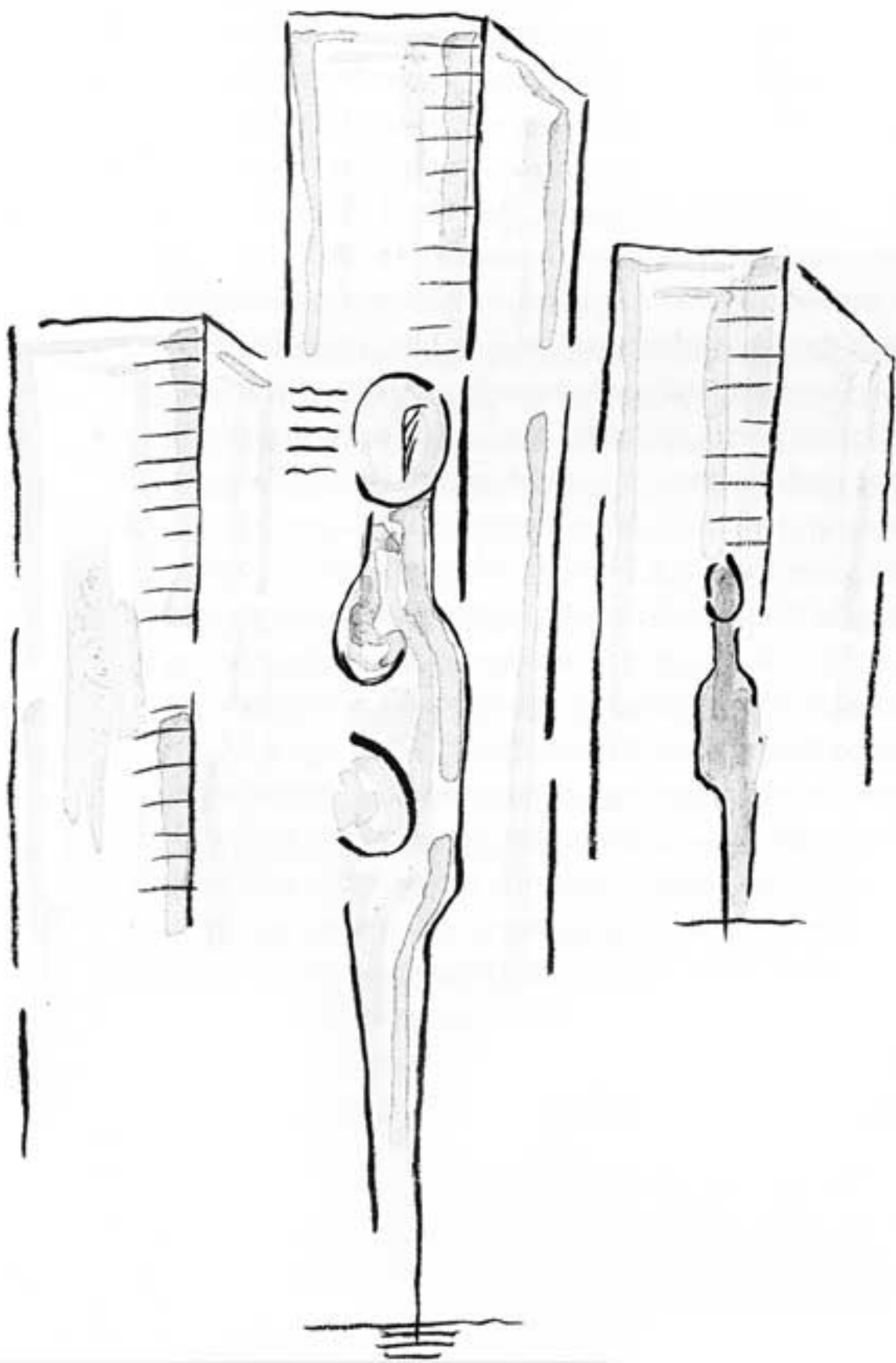
—De todos modos no llegaremos. Vini ya debe estar cerrando —le contesté.

—Podríamos ir a su casa —replicó con un tono de voz demasiado alto como acostumbraba. Afortunadamente estábamos solos en la accesoria porque este detalle me causaba molestias. El que J. hablara muy alto ya nos había metido en problemas.

—Está bien —dije.

Nuevamente corrimos bajo la lluvia hasta Taxqueña, hicimos un alto en una tienda de ropa y continuamos hasta el metro. J. constantemente se quedaba atrás y yo tenía que esperarlo a intervalos, lo cual aumentaba mi mal humor. Mientras subíamos las escaleras del metro, sólo pensaba en encontrar un asiento vacío para poder sentarme ya que sentía desfallecer. El trayecto Taxqueña-Hidalgo me pareció interminable pero al menos el frío había desaparecido. J. se veía tan cansado y fastidiado como yo, así que hicimos el viaje en silencio.

Llegamos al departamento de Vini a las siete. Desde la calle no se veían las luces encendidas pero de cualquier forma tocamos en el zaguán negro que está sobre Puente de Alvarado. No obtuvimos respuesta, con lo cual coronábamos un día de mala suerte.



—Debe estar con Marco o con Max —dijo J. escudriñando inútilmente las ventanas del pequeño balcón.

—Olvídalo J., ya no tenemos boletos del metro. Además estoy demasiado cansada. Tendremos que irnos a dormir con el estómago vacío —le dije resignadamente.

La intensidad de la lluvia había disminuido. Sólo quedaban unos finísimos hilos plateados que resaltaban en medio de las luces de los automóviles. Cruzamos la avenida rumbo a la parada del Cuatro Caminos.

—¿Nos vemos mañana en San Fernando? —me dijo a modo de despedida.

—Sí, a las diez, en la fuente —le respondí.

Se alejó rumbo a la Ribera de San Cosme y yo me quedé a esperar el camión, invertiría mis últimos centavos en llegar a mi departamento.

Al final del día no quedaba más que la frustración, el cansancio de arrastrarse en una vida árida, vacía, sin sentido. La tristeza, la desesperanza, el dolor emocional continuaban. Los medicamentos hacían su parte, quizás nosotros no hacíamos la nuestra. Tal vez no queríamos reincorporarnos a un mundo que nos parecía ajeno, extraño. Los delirios de J. y mi depresión crónica se habían convertido en refugios seguros contra la angustia, contra la ansiedad de enfrentar una realidad que no entendíamos. ¿Cuánto duraría este vagar físico y emocional? No lo sabía.

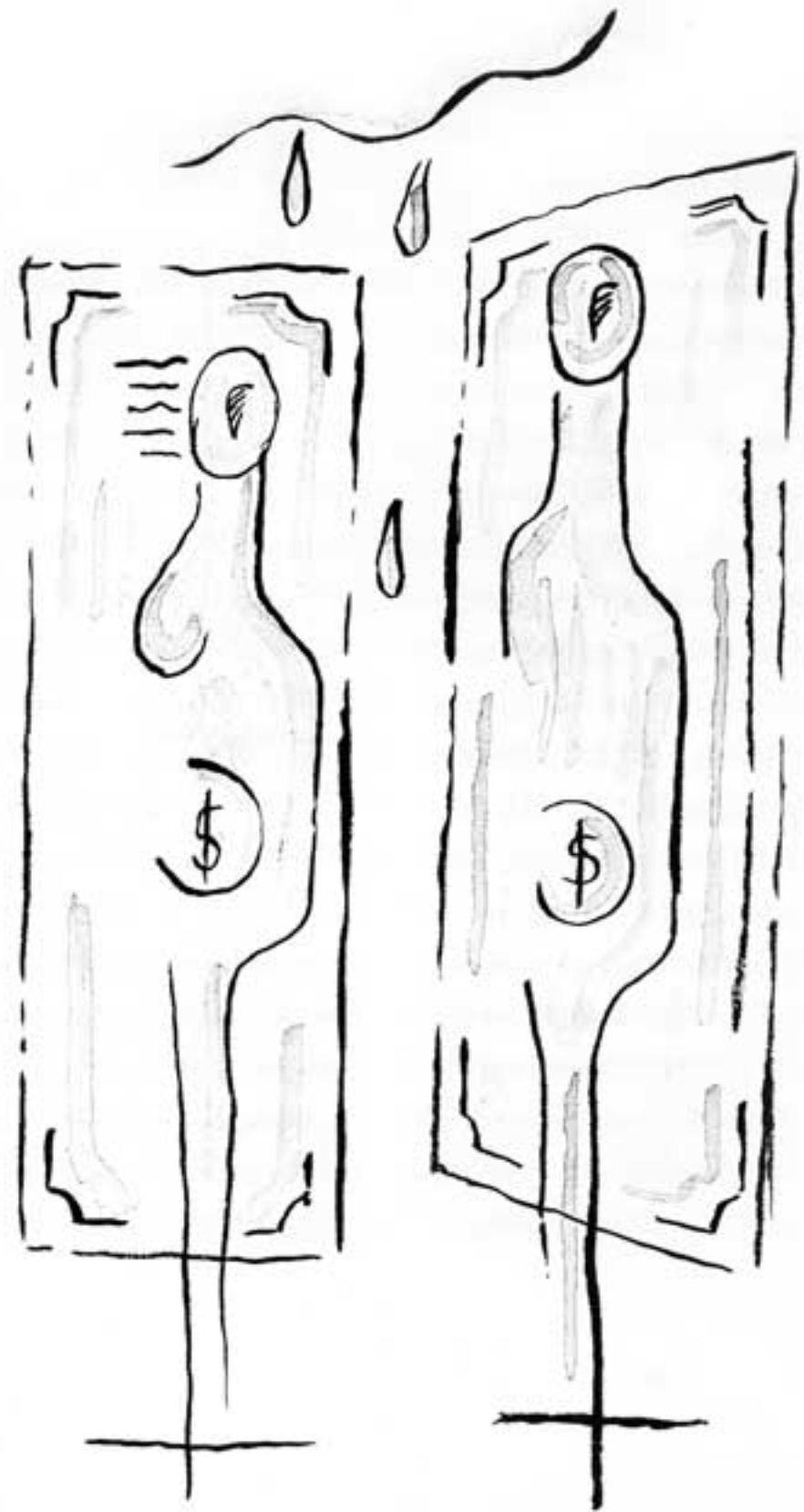
Desde hace ocho meses la rutina es la misma, veo a J. en el jardín de San Fernando o en el hospital cuando tenemos terapia de grupo. Ambos sabemos que estamos violando las reglas que nos han fijado, porque mantenemos una relación muy estrecha fuera del ámbito hospitalario y no lo discutimos con el grupo. Sin embargo, el Dr. A. empieza a sospechar algo por la gran bocota de J. que en ocasiones comenta algún evento que nos ocurrió durante la semana.

Los últimos meses han sido sombríos, pesarosos, sintiendo que cada minuto nos aplastaba. Nos arrastramos por las calles de esta ciudad infernal,

exhibiendo nuestras miserias ante las miradas indiferentes de hombres y mujeres atrapados en su mediocridad existencial.

En realidad no tenemos una ruta fija, simplemente nos reunimos en el lugar acostumbrado y echamos a andar tratando de conseguir algún dinero. J. en estos meses ha desarrollado su inventiva para obtener algunas monedas; su forma de hablar y nuestro aspecto sucio y descuidado le da un toque de "veracidad" a sus historias. Él es bastante desinhibido y puede abordar a las personas en la calle sin dificultad mientras yo permanezco en un discreto segundo plano, sólo observando la escena.

Cuando reunimos el ánimo y la energía necesaria, realizamos algún trabajo en los restaurantes y cafeterías de Insurgentes a cambio de comida. Pero estos



chispazos de buen humor y voluntariedad suelen ser escasos, así que la mayor parte del tiempo estamos sumidos en una neblina de desgano, somnolencia y pesadez. Caminamos sin rumbo, mendigando algunos pesos en los comercios y en los lugares públicos.

Generalmente tenemos suerte y logramos obtener lo suficiente para sobrevivir. Y en los días malos cuando estamos al borde de la desesperación y hambrientos podemos recurrir a Vini, su generosidad nos ha salvado en más de una ocasión. También están los amigos de Vini, Marco y Max, que siempre están dispuestos a prestarnos dinero. Les parece incomprensible que no tengamos un trabajo formal estando capacitados para ello. No entienden el vacío existencial que sentimos provocado por una enfermedad silenciosa y difícil de describir. Llevamos una vida sin sentido en donde no hay elecciones o decisiones que tomar, sólo nos dejamos llevar por las circunstancias o los encuentros. Experimentamos una extraña libertad total, sin compromisos, sin responsabilidades, pero solitarios, alienados, perdidos en nuestros miedos e inseguridades. Renunciamos al futuro, sólo nos interesa lo inmediato.

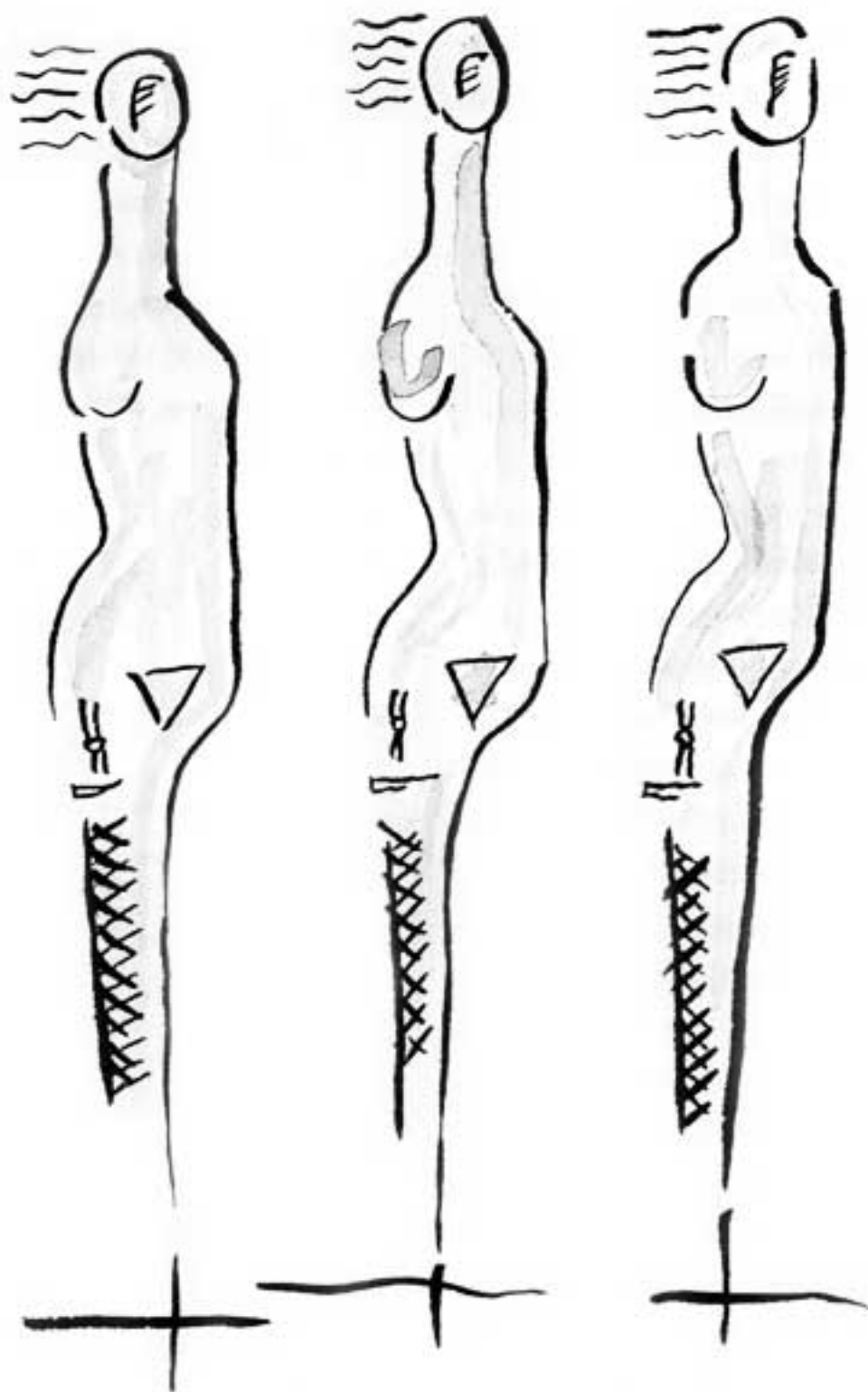
Con J. comparto todo, y tenemos una amistad muy peculiar: la que nace de compartir una experiencia y emociones comunes. También he soportado

sus episodios de crisis, lo he ayudado a superarlos aunque no niego que ha sido difícil. Como aquel periodo en que sufrió una repentina hiperactividad sexual y fue bastante penoso para ambos, así que siempre evitábamos mencionarlo y si casualmente surgía una

alusión a este hecho, J. rápidamente hacía un comentario deshilvanado tratando de desviar mi atención o simplemente hacía un gesto desdenoso como si esto fuera suficiente para borrar un recuerdo por demás desagradable. Creo que fuimos bastante afortunados de que el incidente en la casa de Mayra no tuviera mayores consecuencias.

Fue un ex-policía, inquilino incómodo en la casa de huéspedes donde J. vivía, quien lo llevó con Mayra, una madrota que regenteaba un mini prostíbulo en la calle de Izazaga. Había acondicionado dos departamentos contiguos en una vecindad del centro para instalar su "negocio". Trabajaban con ella dos hermanas muy jóvenes, les decían "las Marías", apodo reconocible en el inframundo de la concupiscencia urbana y mar-

ginal. María de Jesús y María de Dios, bordaban las fantasías de hombres ansiosos de descargar su virilidad en lo efímero... en el no compromiso... en la nada. Ellas eran originarias de un estado del Sureste del país; sus historias personales eran lugares comunes en cualquier libro de antropología social. Ambas eran



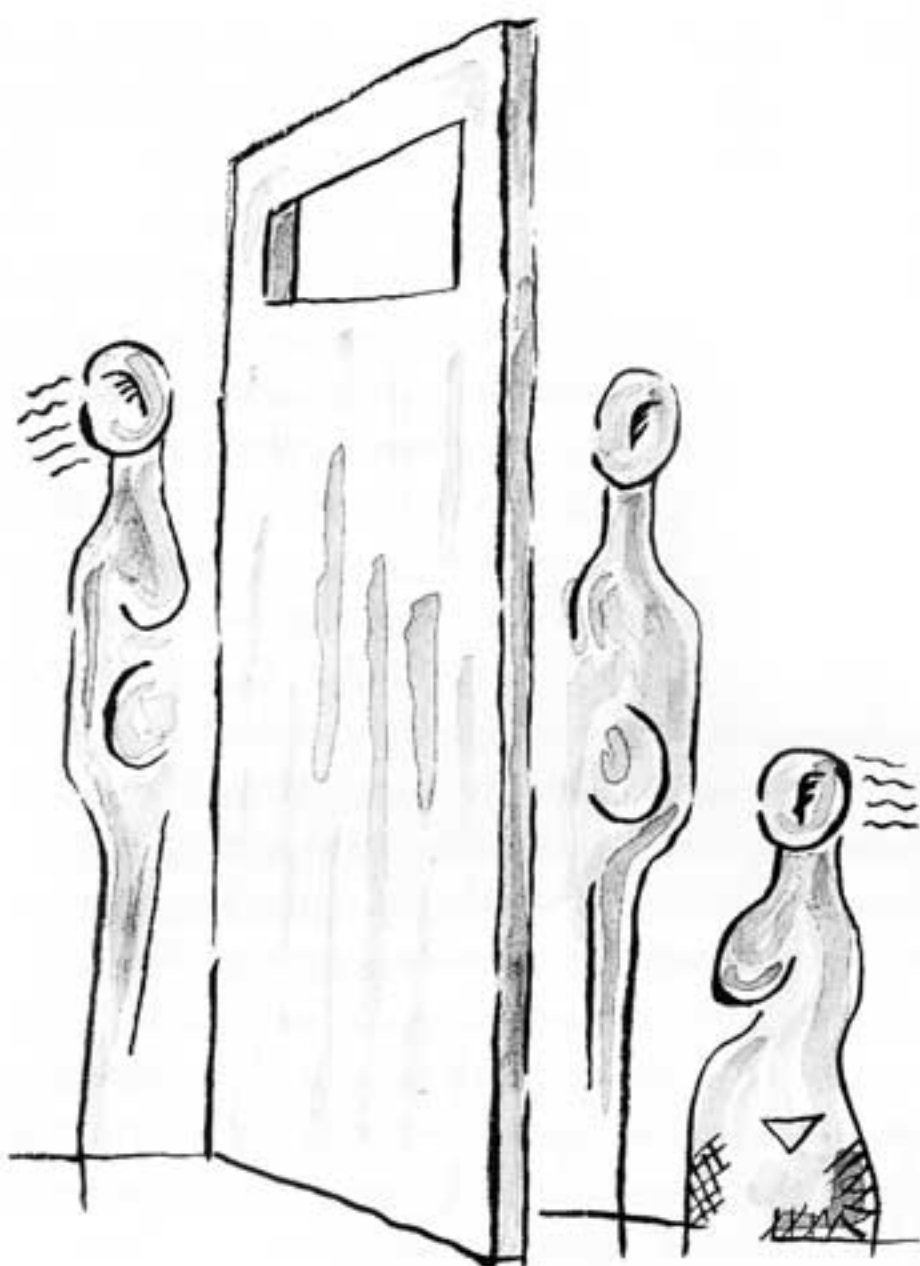
bajitas, con unos pechos enormes generosamente oscilantes con el andar de sus caderas redondeadas que inflamaban los deseos sensuales de policías lascivos, de albañiles de rostro cenizo y manos cuarteadas, de vendedores ambulantes, residentes habituales del paisaje urbano, de niños-adultos hijos de las coladeras y la basura, de hombres con oficios improvisados que sólo enmascaran la miseria diaria del no futuro...

María de Jesús tenía dos pequeñas hijas nacidas de hombres anónimos que les habían arrebatado la posibilidad de tener historia, de tener memoria. Sólo la llaneza de su procreación les recordaba la existencia de un padre lejano, sin rostro. Las niñas crecían en el mundo reducido de las dos viviendas y a veces su sola presencia molestaba a los clientes habituales. Pero el carácter espontáneo de J. atraía a las pequeñas y él disfrutaba jugar un momento con ellas.

J. empezó a frecuentar el lugar animado por su vecino de cuarto, un ex-policía que conocía todos los caminos oscuros del centro de la ciudad. Suponía que todos los males de J. se debían a una sexualidad torcida o reprimida. J. sólo se reía de tales ideas y simplemente se dejaba llevar, se dejaba arrastrar a esos momentos pasajeros en el mar del deseo. Su preferida era María de Dios por su trato callado y dócil. El tipo de vida que llevaba había dejado una profunda huella de resignación en su rostro. J. sólo la utilizaba para su satisfacción personal y nunca percibió un oculto desprecio detrás de su mirada aparentemente silenciosa e inexpresiva.

El dinero para sus encuentros sexuales lo conseguía vendiendo poco a poco sus escasas posesiones. Un día fue una grabadora, otro día la televisión, los libros, ropa, etcétera... En realidad parecía no importarle; estaba tan sumergido en su febril excitación que se desprendía alegremente de todo. Sin embargo, en una ocasión —recuerdo que fue en el mes de diciembre— fue expulsado del paraíso de Mayra, había pretendido que le concedieran una especie de crédito carnal con la única promesa verbal de pago. Por supuesto, J. fue arrojado a las llamas de su propio deseo, Mayra lo condenó a una abstinencia

inmisericorde. Durante las semanas siguientes J. pasaba todo el día rumiando insultos contra Mayra. Vini y yo tratamos inútilmente de tranquilizarlo. Tuve un negro presentimiento cuando observé cómo aumentaban su ansiedad y su excitación sexual. J. me confesó que aún cuando se masturbaba varias veces al día no disminuía su deseo, por el contrario aumentaba. Después de varias semanas infernales, finalmente logró que Max le prestara dinero. Al día siguiente J. acudió con Mayra, y yo me quedé con Vini a ayudarle un poco en su negocio, esperando inquieta que regresara al mediodía. Mientras lavaba las tarimas de la cocina, el esfuerzo físico se mezclaba con una ligera angustia. Los últimos días habían revelado lo difícil que podía ser el trato con J. y lo impredecible de sus estados de ánimo. Me preocupaba que en alguna de sus crisis sucediera algo grave. Así que mientras raspaba el cochambre de la madera, me reprochaba a mí misma o al destino haber conocido a J. Aún cuando entendía su enfermedad, en varias ocasiones tuve el impulso de alejarme de él; sin embargo, su carácter abierto, espontáneo, casi infantil me atraía, además escuchaba sin protestar mi trillado discurso depresivo. Él no me reprochaba nada, me aceptaba tal como era y creía firmemente que algún día podría salir del marasmo en que me encontraba y nuevamente sería una persona segura de sí misma, brillante, capaz de vivir en la "normalidad" cotidiana. Después de terminar de lavar las tarimas, acompañé a Sara, una de las empleadas de Vini, al mercado para comprar algunas verduras que faltaban para la comida corrida del día. Al regresar, Vini estaba en la entrada del restaurante y agitaba su brazo energicamente para que corriera a su encuentro. En el momento me di cuenta que a J. le sucedía algo. Vini atropelladamente me dijo que J. se había encerrado en uno de los cuartos con María de Dios y que pretendía seguir ahí hasta el día siguiente. Por supuesto Mayra intentó sacarlo con la ayuda de las otras muchachas pero J. había amenazado con golpearlas si entraban. María de Jesús salió a la calle a llamar por teléfono a Vini para que hiciera algo antes de que Mayra recurriera



a unos judiciales, amigos suyos y clientes habituales del lugar. J. no era violento, lo que estaba sucediendo sólo era consecuencia de un episodio de hiperactividad sexual, sabía que la ansiedad lo haría explotar en cualquier momento. Salí corriendo del restaurante de Vini y prácticamente me arrojé sobre la gente en la estación del metro Hidalgo en mi deseo por llegar cuanto antes. Tenía miedo de que Mayra cumpliera su amenaza de llamar a los judas. La imagen de J. ensangrentado por una madriza de esos tipos estallaba cada instante en mi mente mientras mi mirada desafortunada recorría el tablero de estaciones en el vagón del metro, tratando de consumir, imaginariamente, la distancia que me separaba de él. Cuando llegué a la vecindad, subí de dos en dos los escalones al primer piso e irrumpí en el departamento. Mayra me señaló la recámara del fondo y me dijo casi a gritos que J. había encerrado en el baño a María de Dios. Traté de entrar, pero la puerta estaba firme-

mente atrancada por dentro. Intenté calmar a Mayra y le dije que el truco era hablar tranquilamente con J. y que no pasaría nada, no era violento y sería incapaz de lastimar a alguien.

—¡J. abre la puerta! Ya no estés jugando. Mayra está muy enojada —le dije con voz alta y que intentaba parecer tranquila.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! —me contestó gritando.

—Si no sales, voy a traer al Dr. A. para que te encierre —le contesté. Hubo un silencio y después dijo:

—Ya te dije que te fueras, no quiero que me veas así —me contestó pero ahora con un tono de voz más bajo.

—J. sé como te sientes, pero necesitas salir para que pueda ayudarte, ¿acaso ya no confías en mí? —mis argumentos trataban de ser los más persuasivos. No contestó. Sólo alcanzaba a escuchar los golpes en la puerta del baño. En ese momento lamenté que la vivienda fuera tan antigua. Los muros eran muy gruesos y las puertas de madera de las habitaciones eran muy pesadas y muy resistentes. Por un momento más seguí intentando disuadir a J. para que saliera. Finalmente le dije que dejara salir a María de Dios o vendrían a sacarlo por la fuerza. Hubo un largo silencio antes de que escuchara algunos gritos y de repente, la puerta de la recámara se abrió y salió María de Dios empujando a J. e insultándolo.

—¡Pinche loco! ¡Lárgate de aquí! —le dijo mientras salía. Llevaba puesta sólo la ropa interior y estaba temblando. —¡Llévate a tu loco! ¡No quiero verlo más! —me dijo mientras buscaba una bata en la pila de ropa sucia que estaba en el pasillo.

—¿Qué pasó? —le pregunté ingenuamente.

—¿Que qué pasó? ¡Estuvo toda la mañana encima de mí y nada más quería coger pero sin dinero! —me dijo furiosa. —Como ya no quise, cuando me metí al baño me encerró el muy cabrón. ¡Loco hijo de tu chingada madre! ¡Hasta te la mamé dos veces y ni así le paraste güey! —continuó casi gritando.

—Llévatelo y que no vuelva más —dijo Mayra dando por terminado el asunto.

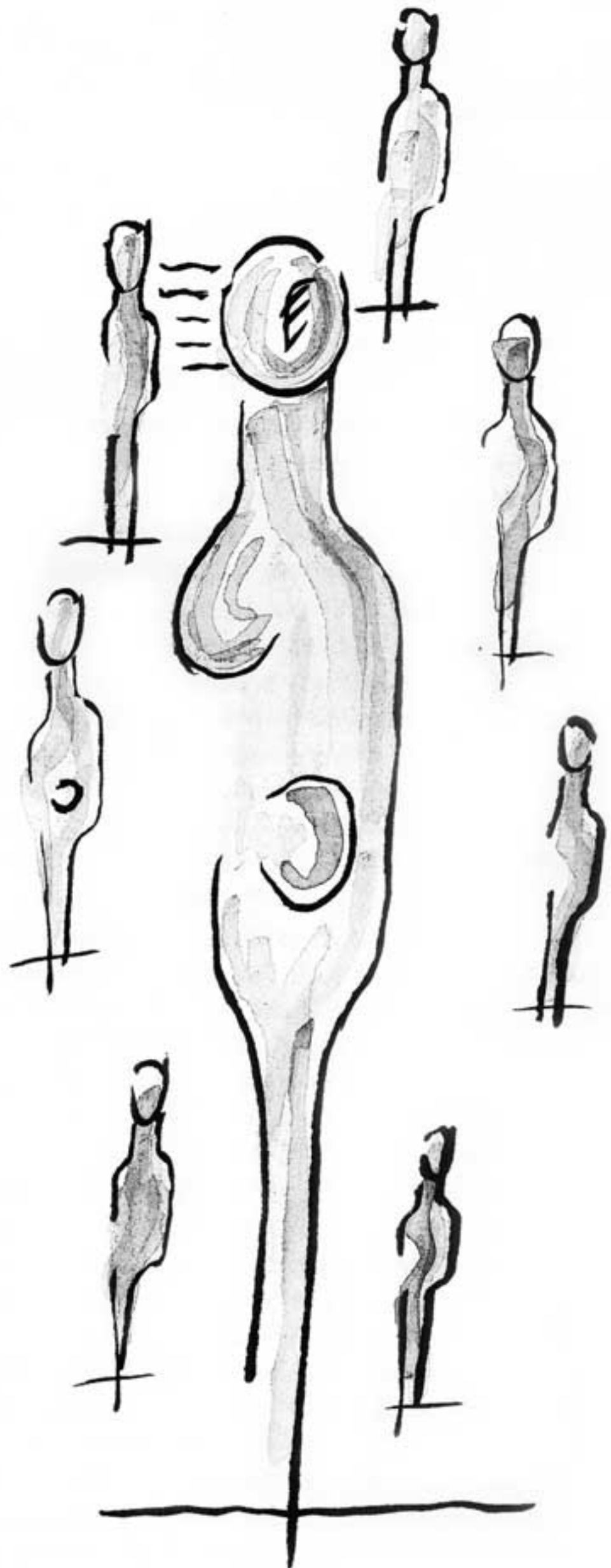
Entré a la habitación y J. estaba sentado en la taza del baño con las manos en medio de las piernas. Era obvio que trataba de ocultar una erección.

—Vístete y vámonos —le dije con voz suave pero enérgica. Aún tardó unos minutos en salir del baño. Supuse que se estaba masturbando para poder vestirse.

Cuando abandonamos la casa de Mayra, J. caminaba en silencio pero era evidente su estado de excitación. Sudaba abundantemente y estaba hiperventilando. No tuve más opción que llevarlo a urgencias en el Fray Bernardino.

Recuerdo que mientras caminaba en la sala de espera del hospital, me preguntaba qué sucedería con J. y conmigo. Ambos estábamos en el límite. Sin dinero, sin empleo, con nuestras crisis recurrentes, el futuro parecía no existir. La familia de J. estaba muy lejos, en Oaxaca, luchando duramente por unos pesos para sobrevivir miserablemente. Lo habían abandonado. No entendían su enfermedad ni tenían deseos de hacerlo. Yo era su único apoyo emocional. Pensaba que ambos teníamos que encontrar una salida. No podíamos seguir así, o al menos yo no podía continuar de esta manera. La situación comenzaba a ahogarme. El saber que alguien me necesitara, me desquiciaba. Siempre había evadido el compromiso; no creía en el amor ni en la compasión humana. Había construido una ciudadela quimérica que me protegía de las ataduras que los humanos solemos construir. Pero con J. había sido diferente; nuestra amistad había surgido de haber experimentado varios intentos de suicidio. Sólo alguien que comparta tal experiencia puede entender lo que es vivir en el límite, en el borde del dolor.

El incidente con Mayra me persuadió a repensar en mi relación con J. y asimismo a preguntarme sobre mis necesidades y deseos. En los días siguientes al incidente, reflexioné sobre tantas oportunidades perdidas, promesas no cumplidas, posibilidades no realizadas. También sobre los hombres en mi vida; recordé a Ernesto, una luz fugaz en mi alma, y me preguntaba si habría alguien igual a él. De todas formas no importaba. Había preguntas más importantes y no sabía su respuesta. ●



El viaje

Raúl Godínez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

La ópera no sólo excita tímpanos y vientre. Cuando la escenografía se conjuga armoniosamente con el canto, la música y los coros, excita de paso el ensueño, la imaginación.

Y es que cuando el rojo manto de los telones se recoge sobre sí, dejando al descubierto un foro que nos introduce a nuevas realidades, entonces el resplandor de una escena provoca que la mente se relaje y distienda hacia los temas no abordados, las lucubraciones a las cuales no se había rendido el apetito incierto de la razón ni los derroteros de la suspicacia.

Así, nuestros demonios nos conducen a través de comentarios y hechos prescindibles; pero nos los presentan claros, favorecidos por el relajamiento del canto, el éxtasis del ritmo, los acordes del estruendo. Es como si un tigre agazapado esperara a que la música descuide al cazador, para pasearle entonces la gracia de sus líneas, la esbeltez de su figura, los requiebros de su andar, y de golpe saltarle sobre el rostro con los colmillos esgrimidos en el más alto acorde de la sinfonía.

La música se dispone, pues, como marco caprichoso a nuestra atención, que se centra, repentina, en el cuento esparcido por los conserjes, el nerviosismo de las secretarías y las mil murmuraciones que nada ha podido acallar, salvo nuestra premura. Será por eso que la imaginación de Arcelia le trajo inminente el recuerdo de los desaparecidos, la sorpresa ante las nuevas ausencias entre el personal y las leyendas que cada día se hilvanaban una sobre otra. De pronto, todos aquellos rumores cobraron una nueva dimensión. Estaba cansada.

Después de permanecer doblada durante varios minutos sobre su escritorio, apoyada en brazos y nariz, Arcelia levantó poco a poco la cabeza; estiró cuello y hombros y miró a todos lados. Estaba sola. El reloj marcaba las once de la noche y el personal del área se había retirado ya. Un silencio rotundo gobernaba el espacio.

Cerró carpetas, apiló documentos y desconectó la computadora. Guardó aceleradamente sus cosas, cerró gavetas y apagó luces. Estaba lista para partir. Al salir de la oficina, un pasillo sembrado de puertas y con iluminación pésima, le dio la certeza de que todo aquel despliegue de imaginación e ingenio había llegado a su fin. Los parlamentos memorizados, el montaje de las escenografías y el nerviosismo de los actores no existirían más. Tras meses extenuantes de presenciar ópera tras ópera, las audiciones sucumbieron a su última representación. Arcelia había estado presente en cada puesta en escena. Había visto a los artistas transformar su rostro con maquillajes violentos, a las sopranos esforzándose por alcanzar la tesitura deseada y a los tramoyistas apuntalar los entarimados y estirar cables, pesas y palancas, mientras los miembros del jurado, implacables, no paraban de criticar.

Había trabajado duro las últimas semanas, auscultando a diario las votaciones del jurado y escuchando su juicio sobre vestuario, interpretación y música. Finalmente ahora, después de una deliberación insufrible y un fallo irreprochable, solamente ella, Arcelia, sabía cuál había sido la obra triunfadora. Al día siguiente entregaría los resultados al maestro Eras-

mo, y pasado mañana, muy temprano, los participantes se enfilarán a comprar los periódicos para conocer el desenlace final: el gran día.

El concurso internacional de ópera —su delirio y ensueño desbordado, sus representaciones majestuosas y la calidad vocal de las sopranos— había concluido. Arcelia pensaba en todo esto cuando una luz roja y un tintineo suave le indicaron que el ascensor se había detenido al final del pasillo. Aceleró el paso.

Hora tras hora había trabajado en este decrepito edificio, rodeada de personas acostumbradas a ceder fácilmente al rumor y los nervios. Pero eso había sido hasta hoy. Mañana volaría de regreso a México y se reincorporaría al Ministerio de Cultura, abandonando para siempre estas pésimas instalaciones donde el temor se empantanaba en cubículos, pasillos y oficinas. La gente tenía miedo. Todo el enorme auditorio, junto con el edificio de veinte pisos, transpiraba zozobra. Era un pánico ciego lo que se gestaba entre cada obra y escena; entre un dios griego invocado y un demonio italiano apareciendo y desapareciendo en el fondo del escenario.

El ascensor volvió a lanzar un tintineo y estaba a punto de cerrarse cuando Arcelia corrió y apretó el botón que lo detuvo.

—Este tren es mío, señorita —dijo desde el interior una figura recargada del lado izquierdo.

Pero Arcelia no prestó atención. Estaba demasiado cansada como para escuchar a una persona que decía tonterías. Y sin embargo no le molestó aquella presencia. La noche había caído y el Instituto parecía mortalmente solo; así que terminó por agrade-

cer una compañía en aquellas horas. Apretó el botón de la planta baja y pasó a recargarse al fondo, mientras que la otra persona, sin ningún otro comentario, alargó la mano y oprimió el botón que indicaba el número 12. Se hallaban en el noveno piso.

Las puertas se cerraron, y por el vacío que Arcelia experimentó en el vientre supo que el elevador no bajaba. Subía. Miró hacia la persona que tenía frente a ella y se encontró con la delgada figura de una mujer vestida de lila y marrón. Llevaba una gabardina con capucha, de modo que Arcelia no podía ver su rostro. Sólo a través de la larga prenda vio sus manos blancas, sus botines negros, sus medias también negras y una faldita color lila. La ropa le recordó a un personaje aparecido ocasionalmente en el fondo de una escena. La ópera era de Verdi, sin duda, pero no pudo recordar el nombre de la obra ni mucho menos el del personaje.

Estas personas que revolotean alrededor de la ópera —pensó— visten de forma tan especial, que dentro de su modo tan raro de ser tienen buen gusto y hasta elegancia; aunque faldas con botines no sea cosa que se vea todos los días. Por lo menos, no en la calle, tan sólo aquí, donde la ópera es voz y sueño.

Arcelia esperó paciente a que el elevador ascendiera del piso 9 al 12 y, sin embargo, una vez llegada a éste, la mujer de marrón no se decidió a bajar. Al abrirse las puertas la persona hizo el intento de salir, pero después de dar el primer paso y asomarse a través del marco de metal, desistió del intento y se acomodó de nuevo en el interior. La gabardina se

Dibujos de Adriana Ruiz Rosales,
Tec de Monterrey, Campus Ciudad de México

recargó otra vez del lado izquierdo y volvió a apretar un botón más. Ahora el número 17.

Arcelia se impacientó y exhaló con fuerza para ser escuchada. Su cansancio era evidente. Pero la capucha de la gabardina ni siquiera volteó a mirarla.

—Hay demasiada vida en esta estación —dijo a modo de explicación una voz aguda. Hay demasiada vida y no iría de acuerdo a su camino.

El elevador vibraba mientras ascendía. En el piso 17 las puertas se abrieron y la figura vestida de lila salió y caminó a lo largo del pasillo. Arcelia la vio alejarse mientras apretaba el botón que indicaba la planta baja. Pero las puertas no se cerraron, permanecieron abiertas el tiempo suficiente para apreciar cómo la figura seguía caminando con pasos silenciosos. Arcelia volvió a oprimir el botón una, dos, tres veces, y terminó por dar un pequeño salto



sobre el piso de hierro. Pero de nada sirvió. El ascensor seguía firme, pesado, inmutable. La mujer llegó al final del pasillo, dobló a la derecha y se perdió en dirección a las escaleras.

Jalaba aún las puertas del elevador, cuando el chillido de un animal y el grito de una mujer rasgaron el ambiente. Arcelia sintió la piel recorrida por un escalofrío. Miró en dirección al pasillo, se asomó a derecha e izquierda, y vio que todas las puertas que había en el corredor estaban cerradas. Pero no quiso averiguar más. Volvió a brincar impaciente y apretó el botón de alarma. Aún así el elevador siguió sin inmutarse. Un frío sudor comenzó a poblar su frente.

Fue hasta que presionó el botón que indicaba el número 18 cuando las puertas se cerraron y el ascensor, tras un breve estertor, se dejó ir hacia el piso de arriba. Arcelia sudaba nerviosa pero permanecía callada, a la expectativa, dentro del cubo de metal. Toda aquella grata sensación de haber concluido el trabajo y saber el nombre de la ópera ganadora, comenzaba a palidecer en su semblante. La alegría había desaparecido.

Cuando las puertas volvieron a abrirse en el piso 18, Arcelia lanzó un grito de horror. Un extraño animal, verde y pequeño, se hallaba a la entrada del ascensor y la miraba con ojos penetrantes. Su cuerpo, cubierto de una pelambre densa, la hizo pensar en una rata enorme o en un gato desmelenado. El animal permanecía estático contemplándola fijamente. Sus ojos eran de un amarillo intenso, tenía humedecidos los pelos del lomo y las patas blancas y rapadas.

La bestia la miró de arriba a abajo y se disponía a entrar, cuando Arcelia le dio un empujón con el pie y las puertas volvieron a cerrarse. El elevador descendió justo cuando el animal lanzó un aullido y rasguñó el metal. Pero aunque había apretado de nueva cuenta el botón de la planta baja, el aparato se detuvo esta vez entre el piso 17 y el 18. Arcelia lanzaba gritos entrecortados mientras oprimía desesperada los botones. Pero nada dio resultado. El elevador estaba atascado.



Fue en ese momento, al escuchar de nuevo el chillido del animal, que por los nervios, en su desesperación, apretó el botón equivocado y la luz quedó extinta. Sus movimientos se hicieron torpes y lerdos. Alargó la mano, buscó el botón apropiado y, en su lugar, apretó otro más. El aparato volvió a estremecerse. Pero no descendió; viajaba obstinadamente hacia arriba.

Sin embargo, apenas encarrerado, el ascensor volvió a atascarse. Para entonces Arcelia estaba hecha una histérica. Sudaba copiosamente y el oxígeno comenzó a faltarle; aun así gritó pidiendo ayuda, mientras sus manos seguían presionando indistintamente los botones en medio de la oscuridad. Oía todavía debajo de sus pies al animal arañando y lanzando aullidos, cuando en el piso superior, apenas perceptibles, sintió que se aproximaban unos pasos.

—Había demasiada vida en aquella estación —escuchó Arcelia. La voz aguda de la mujer de lila le llegaba desde el nivel de arriba, mientras ella le gritaba que apretara el botón para subir, que estaba atorada.

—Había demasiada vida —repitió, —y tú no descendiste. Te dije que era mi tren. Los elevadores no son sino el preámbulo, y una debe saber cuándo abordarlos o cuándo dejarlos ir sobre sus rieles. Pero sobre todo, una debe saber dónde bajarse. O de lo contrario, te llevan hasta el final de su recorrido.



—Por favor, pida ayuda, el elevador está atorado. No sube ni baja. ¡Por favor! Hay un animal allá abajo —gritaba Arcelia fuera de sí.

—...Y el recorrido ha comenzado ya —alcanzó a decir la mujer.

—Señorita, pida ayuda. Sáqueme de aquí —siguió gritando. Pero de algún modo intuía que ya nadie la escuchaba.

El ascensor se había estremecido y ahora se desplazaba con un suave temblor. Al guardar silencio, Arcelia contempló la oscuridad y adivinó que aquello no era el movimiento propio de un elevador. Algo había sucedido. Se encontraba ahora viajando en otro sentido, en otra dirección y, sin duda, hacia otra parte. Fue entonces cuando percibió la música.

Primero era distante, confusa; pero poco a poco se fue acrecentando hasta que pudo escucharla con toda claridad. Llegaba hasta sus oídos aquella suave aria que habían interpretado en *Orfeo*. Reconoció después el agudo de un hombre lanzando un juramento, y creyó recordar que era uno de los diálogos de *Rigoletto*. Precisamente la voz del hombre que levanta una maldición, la hace girar en el viento y después la desploma, rotunda, sobre el personaje central. Una maldición había pasado delante de ella. Mientras Arcelia guardaba silencio, escuchaba y trataba de comprender.

Del mismo modo percibió extractos de muchísimas obras más. La sonoridad y vigor de *Aída* pasó junto a ella. *La Traviata* se acercó con su energía violenta, y pasó de largo. Una escena de *El laberinto de Creta* comenzó a aproximarse; pudo escuchar al Minotauro asestando cornadas, luchando a muerte con Teseo y, finalmente, las últimas agitaciones y los escupitajos de sangre. Sólo al recordar la imagen de Teseo al centro de un laberinto zigzagueante, tuvo una visión.

Le bastó escuchar la voz de Ariadna acercándose, para saber exactamente qué era lo que debía hacer. Se encogió sobre su cuerpo, tanteó en la oscuridad y permaneció así buscando un hilo, un cordón, un cáñamo que le diera la clave para salir de ahí. El canto de Ariadna se acercaba vertiginoso, Teseo contestó con registro grave alguna frase entonada y, justo cuando pasaban delante de ella, Arcelia se incorporó con un ovillo entre las manos y comenzó a seguir la línea recta del hilo.

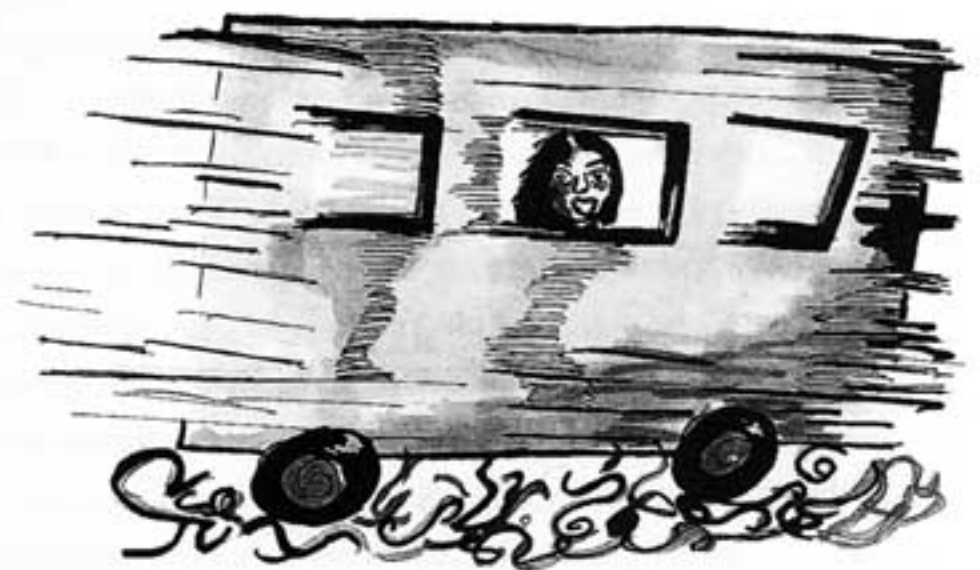
La hebra se tendía directa hacia el fondo del ascensor. Caminó titubeante y después de andar algunos pasos, de pronto, en una abertura en la pared descubrió la iluminada escenografía. Ahí fue cuando Arcelia comprendió que las obras no pasaban frente a ella; era el elevador mismo, el

cubo de metal, el que viajaba rápidamente a través de las escenas.

Contempló el escenario repleto de luz, música y personajes. Vio frente al templete a los jurados calificando y criticando las obras. Y se vio a ella misma, abrumada, cansada, recogiendo las papeletas de votación y observando, admirada, el desempeño de los actores.

Sólo entonces supo que ella estaba dentro del foro, que tenía una aparición ocasional, y que sus ropas eran lila y marrón. Verdi era el autor de la obra. Y el nombre de su personaje, el nombre del personaje que ella misma estaba representando, no pudo siquiera ser pronunciado. Se quedó detenido, atorado en la garganta, mientras que de sus manos temblorosas resbaló la hebra de cáñamo.

El cubo de metal siguió desplazándose; los rieles rechinaban y un temblor permanente agitaba el vagón. En el último pueblo de escala, en la última estación, una mujer vestida de lila y marrón, con un animal verde entre las manos, le decía adiós al tren que se alejaba. El sonido de la locomotora retumbó en la noche, pero nadie pudo escucharlo. Arcelia aún no caía en la cuenta de que el hilo se había escurrido de entre sus manos, mientras miraba absorta la visión de la ópera y seguía viajando. Viajando ininterrumpidamente. **P**



La mirada baja

Adriana Vázquez Delgadillo

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

Título original: *Les yeux baissés*,
novela de Tahar Ben Jelloun, Editions du Seuil, 1991

Capítulo 10

A la valiente señora Simone le costó mucho convencer a mi padre de que me dejara ir a la “semana blanca”¹. No entendía ese cuento de la escuela fuera de la escuela. Creyó que era un plan para dejar a mi familia. Mi madre se informó con los vecinos, sus hijos también se iban de semana blanca. Mis padres no estaban del todo seguros, cedieron de mala gana.

Me había vuelto especialmente testaruda, nerviosa e impaciente. Quería conocerlo todo, intentarlo todo sin perder tiempo. Para mí, la nieve era una imagen en los libros de lectura. Tenía que verla y tocarla, en nuestro pueblo nunca había nieve. Podíamos verla, coronando lo alto de las montañas, pero jamás descendía a nuestros pies.

Mi padre llamó a la señora Simone y le preguntó si habría hombres:

—Las niñas estarán en una cabaña, los niños en otra, y yo, estoy ahí para evitar que se mezclen.

Había mentido un poco. No dormíamos con los niños, pero estábamos la mayor parte del tiempo juntos.

Este incidente reforzó en mí el sentimiento de estar dividida en dos. Una mitad todavía suspendida en el árbol del pueblo, la otra balbuceando la lengua francesa, en perpetuo movimiento en una ciudad donde nunca veía los límites ni el fin. Explicaba mi nerviosismo con las peleas que se libraban entre mis dos mitades. No estaba en medio, sino en cada lado.

¹(N. del T.). La semana blanca es una excursión escolar a la montaña durante el invierno, por la mañana toman clase y por la tarde practican esquí. Generalmente se realiza en el mes de febrero. La escuela también organiza paseos en otras estaciones del año.

Era cansado, me enervaba cuando esto se prolongaba. Durante las clases de invierno, volví a pensar en mi hermano y en nuestros días en el pueblo. De regreso a casa, ya tenía la nostalgia de esa estancia en la montaña: el fuego de la chimenea, las canciones, las bromas, los juegos con los profesores...

Fue en ese momento cuando llegó el mes del Ramadán². Por primera vez tenía que hacerlo, ya no era más una niña. Mi madre me apartó y me dijo:

—Ya no eres una niña. Tienes que ayunar como nosotros. El día de la sangre, tienes derecho de comer, también debes volver a rezar; si no, tu ayuno no será válido.

La escuchaba y pensaba en el cambio que ello me acarrearía. Mis convicciones religiosas estaban evaporándose. Creía en Dios, pero no del mismo modo que mis padres. Por las noches, le hablaba un poco en francés, un poco en francés. Le quería y le pedía que impidiera la constante lucha de mis dos mitades. Necesitaba tranquilidad, aceptaría complacer a mis padres. Me dejaba despertar a media noche para comer antes de que el sol se levantara. Me lavaba los dientes y después ya no podía volver a dormir. Me molestaban los dolores estomacales. Me sentía pesada y llegaba a la escuela medio dormida. Al tercer día, dejé de hacer el ayuno y comí a escondidas.

²(N. del T.). El Ramadán es el noveno mes del año lunar musulmán consagrado al ayuno y a las privaciones (abstención de alimento, bebida, perfumes, tabaco y relaciones sexuales) desde el amanecer hasta la puesta del sol. Durante este tiempo se celebra la revelación del Corán a Mahoma (la noche del destino). Además el Ramadán depende de la visión de la luna y del lugar geográfico en que se está viendo, por lo que se celebra en diferentes meses de acuerdo con el calendario occidental.



Grabados de Mario Maldonado, Escuela Nacional de Artes Plásticas

Mi padre no sabía nada, no había por qué hacerlo enojar y causarle una pena. Trabajaba arduamente, con el estómago vacío, y regresaba extenuado. Tenía fe, era algo inquebrantable. Tal resistencia merecía admiración. En ese mes, lo que más me gustaba eran las noches en que la Gota de Oro³ se transformaba en medina⁴.

La gente tenía la necesidad de volver a encontrar un pedazo del país que habían dejado atrás. Mientras que yo hacía todo por olvidar mi pueblo, otros lo

³(N. del T.). París está dividido en veinte demarcaciones o barrios. Al barrio 18 se le conoce como la "Gota de Oro", ahí prácticamente no vive ningún francés, sino solamente emigrantes, sobre todo africanos.

⁴(N. del T.). La medina, en el norte de África, es el casco antiguo de la ciudad, generalmente habitado por la población indígena económicamente más débil, por oposición a las zonas de reciente urbanización.

reconstruían a partir de la nada, algunos seguían viviendo como si nunca hubiesen dejado su tierra natal. Por desgracia, a donde fueran, Francia les recordaba que no estaban en casa.

Para mí, Francia era la escuela, el diccionario, la electricidad, las luces de la ciudad, el gris de los muros y a veces los rostros, el futuro, la libertad, la nieve, la señora Simone, el primer libro que leí; imágenes que se estrechaban unas con otras...

Un día, justo cuando en mi cama enumeraba todas esas cosas, me paralicé en seco por el ruido de una deflagración seguida del grito de una mujer, largo y doloroso. Era el grito de una madre a la que le acababan de matar a su hijo, Djellali, de quince años y meses, guapo, con los ojos verdes y cabellos negros ensortijados.

Eran las nueve y diez del domingo 27 de octubre de 1971, cuando una bala atravesó el corazón de un niño que jugaba al *flipper*⁵ en un café de la Gota de Oro.

Realmente no lo conocía. Lo veía en nuestra calle, sonriendo, diciendo bromas al paso de las chicas, cantando los últimos éxitos, hablando francés con un leve acento mediterráneo, había nacido en Mariagnane. Era alegre, vivo, optimista. Su cuerpo estaba sobre la banqueta, tenía una sonrisa increíble en el rostro y en su mano derecha cerrada, unas monedas. Estaba sereno, tranquilo, en paz y viendo el cielo como si una fuerza viva en él interrogara a las enormes nubes que pasaban indiferentes y altaneras.

Su cuerpo, grande para sus quince años, perdía la sangre que se mezclaba con el agua del drenaje. Esa sangre, al rojo vivo, era inagotable. Corría con intensidad, como si Djellali se hubiese convertido en fuente, transformando la infelicidad de su muerte en un milagro de los dioses; haciendo de su drama, la gracia de un día olvidado por el sol, la risa feliz interrumpida por una herida en pleno corazón. En Djellali, muchas preguntas surgían como mem-

⁵(N. del T.). El *flipper* es una máquina de billar automática que se instala en las cafeterías para jugar.

brana apenas visible, un velo donde la inquietud era reducida a un silencio denso, demasiado pesado para actuar, demasiado brutal para entender.

La sangre seguía corriendo, las mariposas volaban encima del cuerpo, un gorrión gris pasaba por ahí, se detuvo y bebió una gota de esta sangre y después se fue cantando. Los niños, que vinieron de los cuatro puntos de la ciudad, hicieron un círculo alrededor del cuerpo y por turno pidieron muchas veces a Djellali que se levantara, que se fuera con ellos al país donde no asesinan niños. Quizá eran ángeles que acudieron para transportar su alma hacia el paraíso. Allá, continuaría con su juego de *flipper*, enseguida se iría a bañar en un río de agua pura, jovencitas lo rodearían con sus brazos y sus risas. Sería su príncipe, su pasión, tendría todo el tiempo para alabar, amar y vivir eternamente.

Cuando las ambulancias, la policía y los bomberos llegaron, Djellali ya no estaba ahí. Sólo encontraron un charco de sangre y moscas. A unos metros, recogieron el casquillo de la bala que atravesó su cuerpo.

El duelo vivido por todo el barrio no podía devolver al niño a su familia, ni volver a la justicia más justa, ni detener otras balas. El duelo era nuestro modo de hablar a un país donde se aprendió cotidianamente a matar con facilidad al extranjero. El entierro fue una inmensa manifestación silenciosa donde los brazos de los franceses enarbolaban el retrato de Djellali y las pancartas que denunciaban el racismo.

Ese día, accedí como por arte de magia a otra edad. Envejecí algunos años. Ya no era más la niña maravillada por todo lo que descubría; era la joven sacudida en el corazón por la muerte de un niño que hubiera podido ser su hermano. Había saltado años y destruido las imágenes que me hacían soñar. Desde luego, pensaba en mi hermano Driss, pero a partir de la mañana de ese domingo, la vida tenía un sabor amargo. Aprendí el sentido de la palabra "racismo". En la escuela, cuando alguien no me quería, creía que se debía a mi retraso escolar, no al color de mis ojos y de mi piel. Nadie me había reprochado jamás el que hablara beréber y tener los cabellos negros y rizados. No



lo hubiera entendido. La muerte de Djellali me hizo entrar en un mundo mucho más duro y complicado.

Unos decían: "Lo mataron porque es musulmán"; otros decían: "Lo mataron porque es argelino y porque la guerra de Argelia para algunos aún no ha terminado."

Driss fue envenenado por una mujer que quería hacernos mal. Ocurrió en el pueblo. Aquí, ¿de quién se vengaban al matar a Djellali?, ¿para quién era el dolor?, ¿para su familia?, ¿para su amiga Sofía?, ¿para la comunidad?

Mi padre no se hizo todas esas preguntas. Decidió que lo mejor era cambiarnos de casa inmediatamente. Sabía que Djellali había sido asesinado por nada: era árabe y joven, guapo e insolente, vivo y encantador. Los asesinos no buscaban razón.

El miedo reinaba en el barrio. La Gota de Oro era un terreno ideal de caza para aquellos que no nos querían en este país.

La señora Simone vino a vernos muy conmovida por el drama. Decía sentirse avergonzada pues en este país algunos tenían la costumbre de despreciar a las personas que no eran como ellos o que no tenían la misma religión. Lloraba y se puso a contar-nos su sufrimiento: "Durante la guerra, tenía veinte años, mi padre era doctor, un colega lo denunció: era judío. Fue arrestado por la policía que trabajaba con los alemanes y jamás lo volvimos a ver. Lo deportaron a los campos de la muerte junto con decenas de miles de judíos."

Me explicó la demencia de los hombres, el odio, la herida en los corazones, el encarnamiento del mal. Cuando terminó le dije:

—Estoy comenzando a entender, ¡mi tía es racista!

—No, ella está loca.

—Sí, para ser racista hay que estar loco.

Unos días más tarde, me vino a buscar para llevarme a ver una película.

—Espero que no sea una película de karate.

—No, desgraciadamente es una película verdadera. Lo que viste la primera vez era un juego. Los actores actuaban, engañaban. Lo que vamos a ver hoy, es un documento terrible que muestra lo que el racismo ocasionó durante la Segunda Guerra Mundial.

Entramos en una sala que no era un cine. Había muchos alumnos de entre trece y quince años. La señora Simone dio un pequeño discurso para advertirnos de la violencia en la película y que era necesario tener valor para llegar al final. Quien no lo soportara podría salirse.

La sala se oscureció y sólo reinó un silencio pesado e inquietante.

Frente a nuestros ojos, desfilaba la negra alambrada de púas en una tierra blanca por nieve o luz. El cielo plomado presenciaba cómo los vagones tiraban cuerpos con los ojos inmensos, ojos cristalinos llenos de lágrimas retenidas, habitados por el horror absoluto. Las mujeres desnudas, toda la ropa les había sido quitada, intentaban proteger una parcela de su cuerpo. Los hombres apenas se podían mantener en pie y avanzaban hacia un hoyo del que no saldrían nunca más. Los niños, que no tenían más que ojos, caminaban con las manos levantadas. Hombres y mujeres, ya sólo huesos, estaban amontonados en los hangares cuya única luz era la de un horno. De nuevo, desfilaba la alambrada de púas. Había una montaña de cabellos grises, negros, blancos. Otros vagones esperaban para entregar su cargamento. Los militares, como títeres mecánicos, gritaban órdenes. Una bandera ondea en lo alto del campo, está sucia pues retiene el hollín de la chimenea. En ese pedazo de tela, había ceniza de un ser humano quemado debido a su raza. La bandera ondea mal, pesa mucho por el alma quemada de un hombre o una mujer. En la noche de alambrada de púas, la única luz que hay es la de los reflectores.





La fosa común está llena de vivos y muertos. El cielo es indiferente, las nubes se dispersan. Una o dos estrellas brillan a pesar de todo. La luna está en sus primeras noches. Se calla como los hombres. Las miradas caen. Las manos descarnadas se agarran a una hierba o a una piedra. Los soldados se agitan. Llegan cientos de prisioneros mientras que otros se detienen para alimentar a la muerte de enorme hociro. Traga todo. Los hombres con pijama a rayas hacen cola para recibir una sospechosa sopa negra. ¿Saben que van a morir quemados vivos en un horno o en una cámara de gas?

Incluso el sol hace su aparición. Un niño levanta la cabeza hacia el cielo y no entiende lo que viene a hacer el sol en ese infierno, en esos días funestos donde la brasa del odio es un volcán furioso que

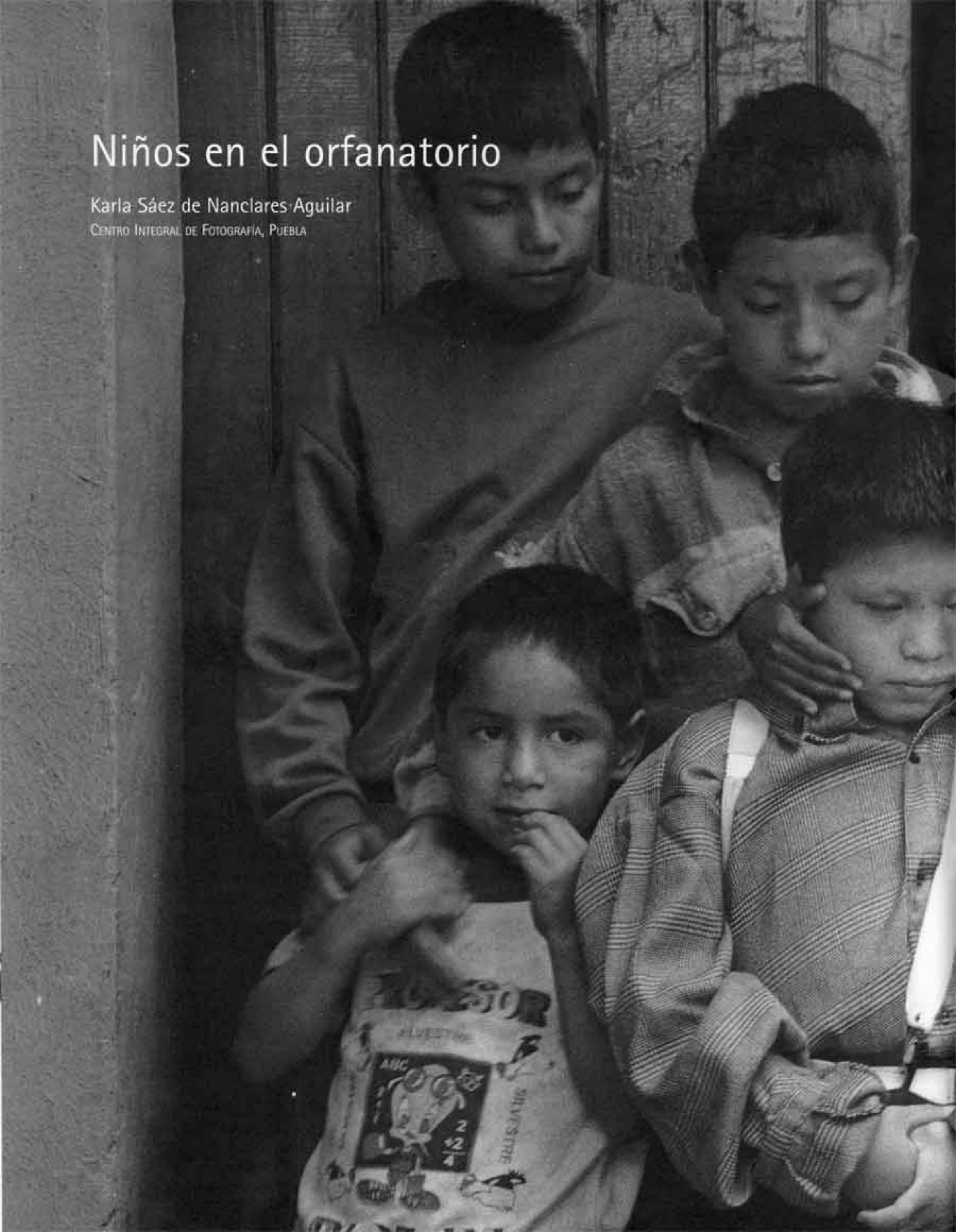
ningún cielo apaga. Los huesos, con una infinita paciencia, se juntan, se parecen y caen en ceniza ligera sobre una tierra ennegrecida por la maldición, guardiana del campo y la demencia. Están anulados el alba, la aurora y el crepúsculo. Sólo la noche extiende sus brazos recolectores arrastrando los cuerpos olvidados para sofocarlos en el hueco de la muerte, raída por hambre y pocas palabras celestes. Noches presas inútiles que perforan las miradas extraviadas. Un niño perdido, propiedad ya de la muerte, levanta las manos como en un juego escolar. Nos ve, me ve. Bajo la mirada, mis lágrimas brillan, la cara de ese niño esta ahí, en mis lágrimas. La imagen se detiene. En la sala hay silencio y oscuridad. Nadie habla. Noche y neblina.

Ese día, ya no tenía trece años sino miles. ©

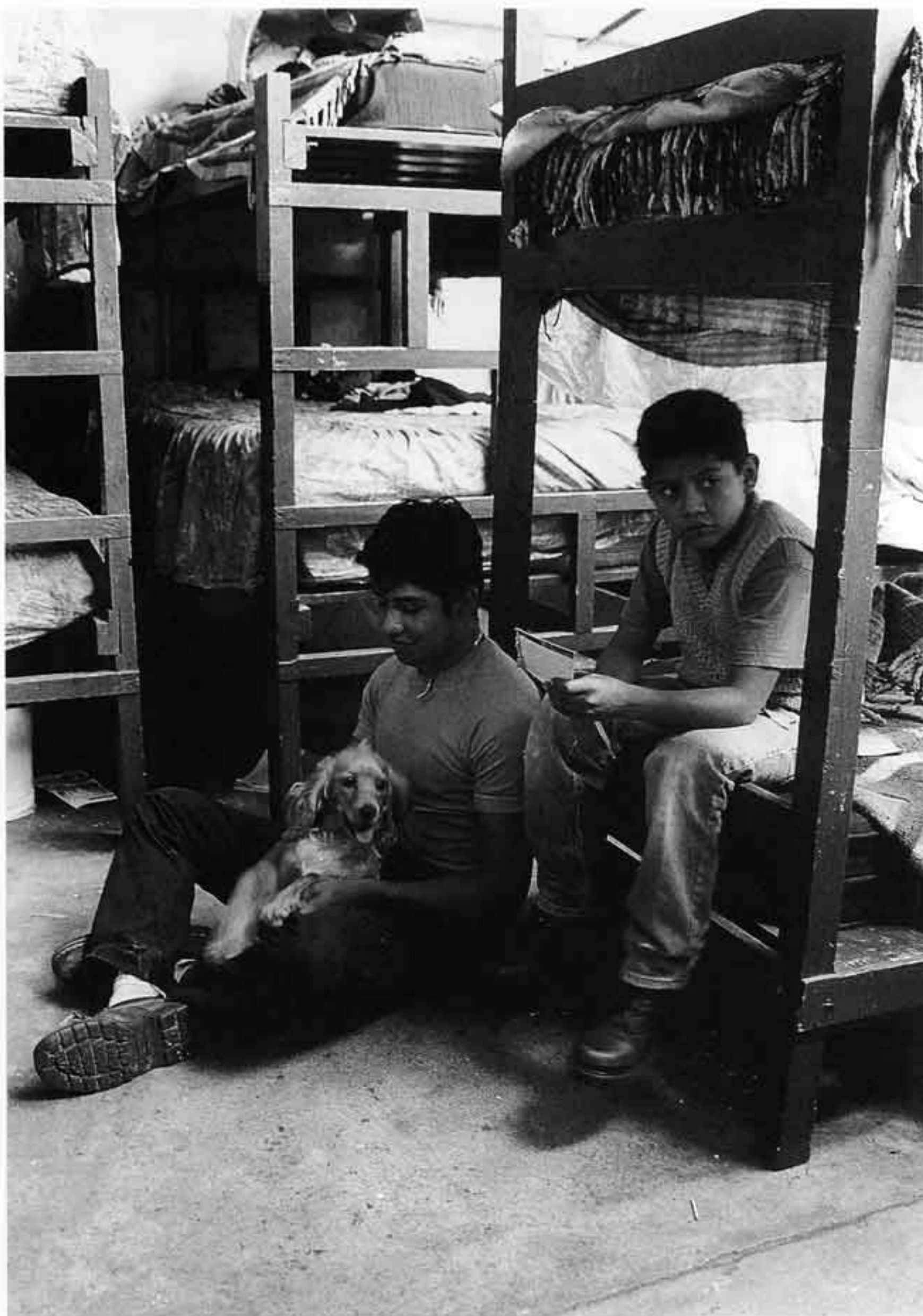
Niños en el orfanatorio

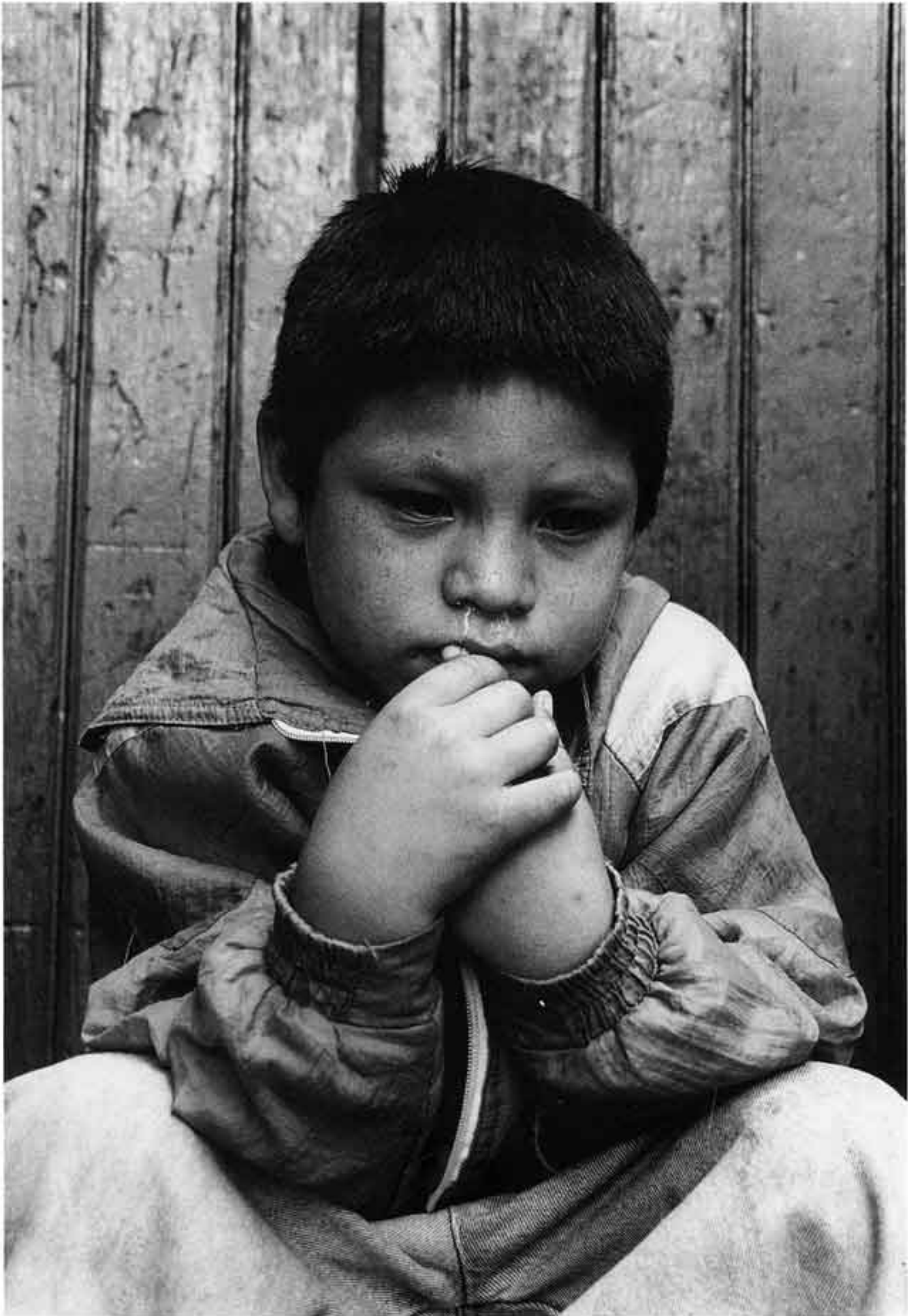
Karla Sáez de Nanclares-Aguilar

CENTRO INTEGRAL DE FOTOGRAFIA, PUEBLA

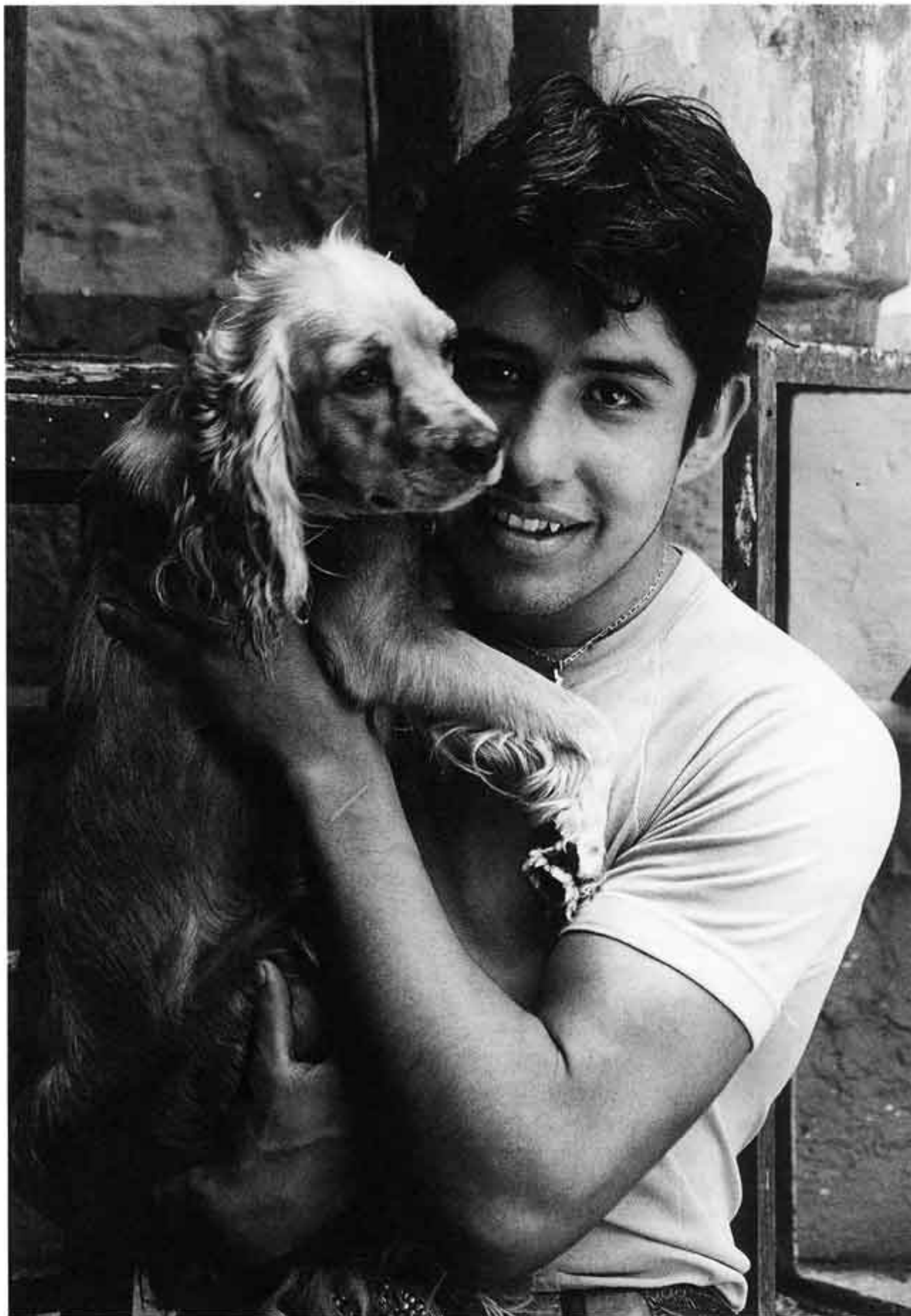












Recomendaciones

Hugo García Manríquez



Raúl Zurita

Anteparaíso

Editorial Universitaria, Chile, 1997

La obra del poeta chileno Raúl Zurita, nacido en 1951, y recientemente galardonado con el Premio Nacional de Literatura del año 2000, puede ser clasificada como “inusual”, dentro de las obras aparecidas en Latinoamérica en las últimas décadas. Desde sus libros iniciales como *Purgatorio* (1979), Zurita ha demostrado de manera notable un reposicionamiento crítico ante el lenguaje, así como ante la tradición literaria de lo “poéticamente aceptable” dentro del cánón latinoamericano. Ya en su primer libro se puede notar un proyecto global, unificado, un todo que paulatinamente crece, y que, quiero creer, es la creación de un paraíso. En *Anteparaíso* se observa el tono único de Zurita, en el que convergen tanto Dante como la Biblia, rodeando su discurso de una extraña y deslumbrante naturaleza.

El libro reúne las fotografías de una serie de frases escritas en el cielo de Nueva York en el año 1982 —poco después de haberse Zurita herido el rostro y los ojos— entre las que se puede leer “mi dios es hambre, mi dios es nieve, mi dios es vacío, mi dios es guetto, mi dios es no, mi dios es paraíso, mi dios es pampa, mi dios es chicano”. Sobre ellas, el mismo Zurita ha dicho: “Intenté cegarme porque pensé que esas palabras recortándose contra el azul serían infinitamente más hermosas si quien las había creado no las podía ver.”

En su poesía el paisaje juega un papel central al entablar un desconcertante diálogo con la historia reciente chilena y de América Latina: el desierto de Atacama, las alturas de los Andes y el Pacífico confluyen en un río nuevo, una vida nueva, como se titula uno de sus libros, con una voz que canaliza y reformula experiencias que vienen del pasado colectivo. Como dice en la introducción de *Anteparaíso*: “En un mundo más benigno el arte probablemente dejaría de ser necesario porque la vida, cada partícula de ella, cada emoción humana sería en sí misma un poema, la más vasta de las sinfonías: un mural hecho con los cielos, las cordilleras, el Pacífico, las orillas de las playas y los desiertos. Entre la poesía y el amor no mediarían, entonces, palabras.”

La obra de Raúl Zurita está construida sobre la base de un tono único, sin duda posicionado en el lugar de la desgarradura política y la búsqueda de nuevas posibilidades en la lengua para la poesía: “Adorados te dicen paloma los verdes pastos de Chile/ de fiesta soplados por todos los paisajes descendíendote/ paloma del valle como si hasta los cielos nos quisieran.”

Augusto de Campos

Haroldo de Campos

Décio Pignatari

Galaxia concreta

Universidad Iberoamericana, Colección Poesía y Poética, México, 1999

Sin duda *Galaxia concreta* es uno de los libros sobre poesía más importantes que se hayan publicado en México en los últimos diez años. El libro refleja una vez más el excelente trabajo e interés del argentino Hugo Gola, *il miglior fabbro*, incansable buscador, cuyo trabajo ha sido reconocido en todo el continente.

Galaxia concreta reúne el trabajo del grupo de poetas brasileños conocido como Noigandres, lanzado oficialmente en 1956, y conformado por los hermanos Haroldo y Augusto de Campos así como por Décio Pignatari. El libro está dividido en tres secciones: la primera de ellas recoge la obra poética de los autores; la segunda, la reflexión crítica dentro de ensayos y manifiestos, y la tercera se enfoca de manera especial a la traducción, a la que estos poetas concibieron como una forma otra de la creación —transcreación la llamaron—, de ahí sus traducciones del ruso, o la notable traducción de Maikovski, o la del *Finnegans Wake*, o la de la poesía provenzal. En fin, de casi todas las lenguas de Oriente y Occidente. De esta manera se constituyó el movimiento de poesía concreta, abrevando de autores tales como Mallarmé, Pound, Joyce. Como el mismo Haroldo ha dicho, se trata de un movimiento que realiza una “síntesis de las poéticas de la modernidad a partir de Mallarmé (*Un coup de dés*, 1897), la poesía concreta brasileña se proclamaba ‘verbi-vocovisual’ y rompía los límites de las ‘bellas letras’ académicas, para situarse



en la contemporaneidad de los desarrollos que tenían lugar en las artes plásticas y en la música”.

Galaxia concreta recoge partes fundamentales de una propuesta integral a la cual pocas veces tenemos acceso, dado el escaso número de traducciones que de ella se han hecho. La poesía concreta es, sin lugar a dudas, uno de los últimos y más influyentes movimientos de vanguardia literaria a nivel mundial del siglo XX. Todo esto es evidente en este libro, y me parece que su lectura representa un puente necesario para poder conocer los rumbos de la creación y la reflexión en torno a las artes y la modernidad.

João Guimarães Rosa

Gran Sertón: Veredas

Alianza, España, 1999

Una de las más grandes obras del siglo es sin duda *Gran Sertón: Veredas*, del brasileño João Guimarães Rosa. Autor heredero del modernismo brasileño, que apostó por la reflexión sobre el lenguaje y el cuestionamiento de la identidad nacional, así como del regionalismo, y que sin embargo supera ambas corrientes al incorporar neologismos, giros lingüísticos, habla viva que hace de ésta una novela que anda como un pez recién apresado en las manos, una incomparable carga poética del habla como si se tratara de un animal de plata que intenta escaparse y en sus culebros configura el portento. Libro de altísimo nivel que puede situarse al lado del *Ulises* de Joyce, o también de la obra de Rulfo. Un *Pedro Páramo* de seiscientas páginas. Pese a su calidad, la lectura de esta obra ha sido siempre marginal, escasa, cosa que podría ser ciertamente extraña, pero no del todo, dada la tradicional indiferencia de muchos lectores enfrascados en la absurda misión de leer “lo último” desdeñando obras fundamentales y arriesgadas, como ésta. Resulta impresionante el tono oral, su riqueza sonora, la convivencia del mundo mágico, el habla. Una obra que pide ser oída más que leída, leída en voz alta en todo caso: “Amable usted me ha oído, mi idea ha confirmado: que el Diabolo no existe. ¿Pues no? Usted es un hombre soberano, circunspecto. Amigos somos. Nonada. ¡El diablo no hay! Es lo que yo digo, si hubiese... Lo que existe es el hombre humano. Travesía.”

Gran Sertón: Veredas es un libro que está permeado de otros libros: *El Quijote*, *Fausto*, *La Divina Comedia*; libro que a fin de cuentas se transfigura por su tránsito en esas extrañas tierras, en esas extrañas palabras que dan rodeos en torno a la creencia en el diablo, o alrededor del amor de Diadorim la mujer-hombre. Palabras del *Jagunzo* riobaldo, libro y personaje, ambos *rara avis* de indudable genialidad, cualidad que tal vez ha confiado a Guimarães al olvido. Pero que también le ha dado a su obra una permanencia pese a todo. ●



CONVOCATORIA

punto de partida

BASES

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, mecanografiados a doble espacio. En el caso de viñetas y fotografías, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo: de cinco a quince cuartillas.

Fotografía: una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

Fragmento de novela: de diez a veinte cuartillas.

Poesía: de cinco a quince cuartillas.

Teatro: treinta cuartillas como máximo.

Traducción (francés/español o inglés/español): de cinco a diez cuartillas, junto con el texto en la lengua original.

Viñeta: una serie temática de cinco a diez originales.

4.- Ningún trabajo será devuelto.

5.- La fecha límite de entrega es el 31 de enero de 2003. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del 16 de diciembre de 2002 al 3 de enero de 2003).

6.- El premio para cada uno de los géneros consiste en \$3,000.00 (TRES MIL PESOS M.N.), la publicación del trabajo ganador en la revista Punto de partida, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

7.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada género. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura.

8.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

9.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en los medios de comunicación.

10.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura.

CONCURSO 34 DE LA REVISTA PUNTO DE PARTIDA



Entrega de trabajos

en Revista Punto de partida /
Dirección de Literatura /
Coordinación de Difusión
Cultural UNAM,
Zona administrativa exterior,
edificio C, primer piso,
Insurgentes sur 3000,
Coyoacán, Ciudad
Universitaria, 04510 México,
Distrito Federal.
Informes en el teléfono:
5622-62-01 o en
cestrada@correo.unam.mx

P